

EL CORREO DE ULTRAMAR

PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1856. — TOMO VIII.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.

Año 15. — N° 194

Administracion general, calle del faubourg Montmartre, n° 10 en Paris

SUMARIO.

Biarritz; grabado. — La hipocresía del vicio. — Revista de Paris. — Las regatas del Havre; grabados. — Ataque de los piratas del Rif contra S. A. el príncipe Adalberto de Prusia; grabado. — Biblioteca del comercio; grabado. — Hombres ilustres de la América española. — Viaje a San Petersburgo; grabados. — Gerifalte. — Monumento elevado a la memoria de trescientos nueve franceses muertos prisioneros en Cennyuick-house; grabado. — El valle de Champéry; grabados. — Revista de la moda. — Los anuncios. — Los dos hermanos. — Medallas conmemorativas de la independencia de la Bélgica y de la inauguración del reinado de Leopoldo 1°; grabados.

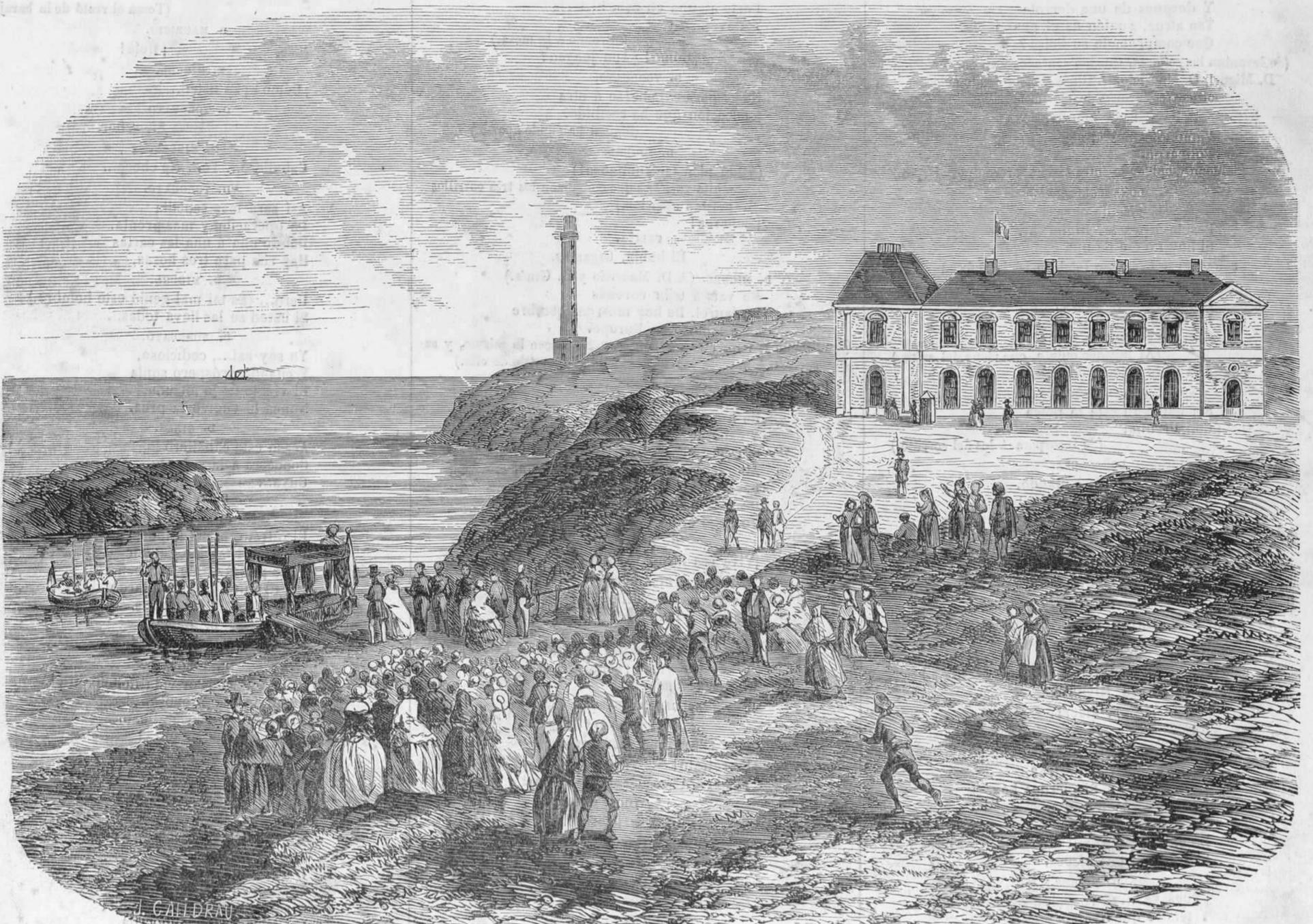
Biarritz.

La residencia de SS. MM. el Emperador y la Emperatriz en el palacio de Biarritz, nos suministra ocasion de dar aquí algunos detalles sobre la situacion de esa residencia y el estado de la comarca en que está situada.

Biarritz se encuentra en el ángulo Sudeste de la bahía de Vizcaya. La mar está allí á menudo tersa como un espejo, pero tambien se halla expuesta á los vientos fuertes del Oeste y del Noroeste, durante los cuales se estrella furiosa contra las rocas de la costa. En lo alto

de uno de esos peñascos se encuentra situado el palacio recién construido, todo de ladrillos, sin ornatos, como se ve representado en nuestro dibujo.

Biarritz es un punto muy agradable en el estío, por las muchas familias francesas y españolas que acuden allí á tomar baños. Sus monumentos se reducen á la catedral y la ciudadela. Las casas tienen una construccion irregular: algunos barrios están situados en los derumbaderos y otros en barrancos; pero esta irregularidad es un nuevo atractivo para los amantes de lo pintoresco.



Villa Eugenia, nueva residencia imperial en Biarritz.

LA HIPOCRESÍA DEL VICIO,

Comedia inédita en tres actos y en verso

DE

D. MANUEL BRETON DE LOS HERREROS.

(Continuación.)

ESCENA X.

DOÑA LUPA. DOÑA POLICARPA. DOÑA HIGINIA.
D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS.
JUGADORES. MÁSCARAS.

JUGADOR SEGUNDO.

¡Qué suerte de hombre!

DOÑA LUPA.

¡Sí; suerte!

Fullería, trapisonda.

¡Tiene una cara de cuco!...

DOÑA POLICARPA.

Yo digo que es un idiota.

DOÑA LUPA.

¡Tres mil duros á una carta!

¡Y cobrar á una señora

Diez reales!

DOÑA POLICARPA.

¡Y no doblar

Mi peseta! ¡Ese hombre copa!

D. MAURICIO.

¡Y desbanca!...

DOÑA HIGINIA.

¡Eh, vaya al diantre...

¿Quién talla? Esto es lo que importa.

(Un momento de silencio... Algunos jugadores se levantan y otros se van al salon de baile.)

¿Nadie se anima?

DOÑA LUPA. (Tomando una baraja.)

Si ustedes

Apuntan con parsimonia,

Yo tallaré.

JUGADOR SEGUNDO. (Levantándose.)

Ya es muy tarde.

JUGADOR TERCERO.

Y despues de una derrota

Tan atroz, ¿quién es el guapo

Que compromete su bolsa?

(Se levantan las señoras. Quedan sentados y en conversacion

D. Miguel, D. Mauricio, D. Ginés y otros dos jugadores:

otros tres forman de pié un corrillo.)

DOÑA HIGINIA.

Vámonos pues al salon,

Policarpa.

(Saludan y hablando entre sí desaparecen por el foro.)

DOÑA POLICARPA.

¡Media onza

Peseta á peseta, Higinia!...

Si hoy no me da una congoja...

DOÑA LUPA. (Yéndose tambien hácia el foro.)

¡Qué sino, que sino tengo!

Me desquitaría ahora;

Lo sé de fijo; ¡y me dejan

Corrida como una mona!...

(Al jugador quinto, que viene del salon.)

¿Ha visto usted á mi chica?

JUGADOR QUINTO.

Sí; bailando está la polca

Con Urrutia.

(Se incorpora á los del corrillo.)

DOÑA LUPA.

¡Ella bailando,

Y yo bramando de cólera!

No, no; á casa! ¡El arrapiezo!

¡La monuela! ¡La mocosa...

(Se va refunfuñando.)

ESCENA XI.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS. JUGADORES.
MÁSCARAS.

D. MAURICIO. (A parte con D. Miguel y D. Ginés.)

¿Qué es eso, Miguel?

D. MIGUEL.

¡Mauricio!...

D. MAURICIO.

¿Así tu ánimo se postra?

¡Qué diablo!... Si pierdes hoy

Mañana será otra cosa.

D. GINÉS.

En efecto, y tres mil duros

Son para tí una bicoca.

D. MIGUEL.

¡Pues ya!... (Otro golpe como ese.

Y tendré que ir á la sopa.)

D. MAURICIO.

A todo turbio correr,

Apelamos á la boda...

D. MIGUEL.
(¡La boda!)

D. MAURICIO.

Y sales de apuros

Con el dote de la novia.

D. MIGUEL.

Verémos...

D. MAURICIO.

Hoy te has portado.

D. MIGUEL.

¿Sí?

D. GINÉS.

Te has colmado de gloria.

D. MAURICIO.

Impertérrito en el juego,

Emprendedor con las mozas,

Duelista... Dame esos cinco.

(Le aprieta la mano.)

D. MIGUEL.

Yo celebro...

D. MAURICIO.

(Ni el de Coria.)

D. GINÉS. (Apretándole la otra mano.)

Ya eres del gremio.

D. MIGUEL.

¿De veras?

(¡Caro me cuesta el diploma!)

D. MAURICIO.

Yo te rindo el pabellon.

D. GINÉS.

Contigo soy yo una monja.

D. MIGUEL.

No sonrojeis á un recluta

Que hasta ahora no blasona

Sino de hazañas vulgares.

Pero si el númen me sopla,

Quizá...

D. MAURICIO.

Sepamos tu plan

Para mañana.

(Siguen hablando entre sí, y lo mismo los otros dos grupos.)

ESCENA XII.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS. FELISA. D. TORCUATO. JUGADORES. MÁSCARAS.

FELISA. (Aparte con D. Torcuato.)

Una broma

Ligera... Yo no he tomado

Parte alguna en esta historia

Todavía.

(Mirando á la mesa.)

¡Cómo! ¿Aun juegan?

D. TORCUATO.

No es para exponerse á otra

La leccion que ha recibido.

(Siguen hablando aparte.)

D. MIGUEL.

(¡Qué idea tan luminosa!)

(En alta voz. Los que componen los tres corrillos prestan atencion.)

¡Señores!

FELISA.

Él habla. Oigamos.

D. MIGUEL. (A D. Mauricio y D. Ginés.)

Me vais á tejer coronas

De laurel. De hoy mas, mi nombre

Será famoso en Europa.

(Levantándose: los que estaban sentados hacen lo mismo, y se acercan á la mesa los que se habian apartado de ella.)

Dos palabras. caballeros.

Mi señora doña Aldonza

Da á palo seco sus bailes,

Y esperar aquí la aurora

Sin cenar es bobería.

Ahora bien, si ustedes me honran,

Para probar que la pérdida

De esta noche no me agobia,

Yo hago el gasto para todos.

D. MAURICIO.

¡Viva esa firmeza estóica!

D. MIGUEL.

Mas primero necesito

Realizar á toda costa

Algunos fondos...

(Sacando el retrato de Felisa.)

¡Señores!...

Rifo esta alhaja.

JUGADOR CUARTO.

¿A ver? ¡Oiga!...

JUGADOR SEGUNDO.

¡Un retrato!

FELISA. (Acercándose de puntillas.)

¡Ay Dios, el mio!

D. MAURICIO.

¡El de la dama infanzona

Que aspira á tu blanca mano!

FELISA.

¡Oh accion indigna, alevosa!...

D. TORCUATO.

¡Calla!

D. GINÉS.

¡Qué haces, temerario!

JUGADOR CUARTO.

¡Qué linda!

D. MAURICIO.

¿Así te divorcias

De un pingüe dote...

D. MIGUEL.

Pues ¡qué!

No es mil veces mas preciosa

Mi libertad?

JUGADOR TERCERO.

¡Es divina!

D. MAURICIO.

¡Poner en rifa á su novia!

Eres un héroe, y ni César,

Ni Pirro, ni Epaminondas

Dieron ¡ah necio! tan alto

Asunto á bronces ni á trompas.

D. MIGUEL.

¡Ea! á dos duros la carta.

JUGADOR CUARTO.

¿Y qué hacemos con la copia

Si el original...

D. MIGUEL.

El marco —

¡Mirad! — es de oro y aljófar.

(Siguen examinando el retrato con risa y algazara.)

FELISA.

¡Infame!... ¡No puedo mas!

D. TORCUATO.

Aquí no estás bien ahora.

Véte. Yo rescataré

La prenda.

ESCENA XIII.

D. TORCUATO. D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS.
JUGADORES. MÁSCARAS.

D. MIGUEL. (Poniendo el retrato sobre la mesa, tomando una baraja y presentándola en forma de abanico.)

Vamos; ¿quién compra

Cartas?

D. GINÉS.

Vengan cinco.

(Las toma á su eleccion y pone el importe sobre la mesa.)

D. TORCUATO.

Vengan

Todas las restantes.

(Toma el resto de la baraja.)

D. MAURICIO.

¡Hola!

D. MIGUEL.

¡Cómo! ¡Es usted...

D. TORCUATO.

Sí, señor.

D. MIGUEL.

Caballero... Yo... Me choca...

D. TORCUATO.

Así será mas sencilla

La operacion y mas pronta.

Dando una á una las cartas

Hay rifa para tres horas.

D. MIGUEL.

Pero... (Es mi mal genio este hombre.)

Si usted se las lleva todas...

D. TORCUATO.

Yo soy así... codicioso,

Y cuando próspero sopla

El viento de la fortuna,

Nunca le vuelvo la proa.

D. GINÉS.

Acaso este caballero

Conocerá á la señora

Cuya...

D. TORCUATO.

No lo sé; aun no he visto

El retrato, ni me importa;

Pero las rifas me tientan

Y las pinturas me arroban.

Ea, tire usted, que es tarde

Y se cerrarán las fondas.

D. MIGUEL.

(¿Qué haré?)

D. TORCUATO.

¡Por vida del chapiro!

¡Ocurrirle tan donosa

Diablura, y faltarle aliento

Para ponerla por obra!

D. MIGUEL.

¡Señor mio!...

D. MAURICIO. (Al oído.)

No te piques,

Que te hundirás si lo notan.

D. TORCUATO.

O no echarla de tronera,

O serlo en debida forma:

O servir á Dios, ó al diablo;

Lo demás es ser hipócrita.

D. GINÉS.

Bien dice. (Este tio... impone.)

D. MIGUEL.
¡Eh! Ya basta de parola.
Yo nunca me vuelvo atrás,
Y si todos se conforman...
LOS JUGADORES.
¿Por qué no? — Sí.
D. MIGUEL. (Tomando otra baraja.)
Barajemos.
D. TORCUATO.
Permita usted que ántes ponga
Sobre la mesa el dinero. (Lo hace.)
(Si con cinco cartas solas
(Mostrando á D. Ginés.)
Se lleva ese hombre la alhaja,
Será preciso que escoja
O el oro de esta cartera,
(Tentándose un bolsillo.)
O el plomo de esta pistola.
D. MIGUEL.
¿Al primer naipe?
D. TORCUATO.
Se entiende.
¿A qué gastar ceremonias?
D. MIGUEL.
Corte usted.
D. TORCUATO.
Corto (Lo hace.)
D. MIGUEL. (Volviendo la baraja y presentando la primera carta.)
El seis de oros.
D. GINÉS. (Mirando sus cinco cartas.)
¿No está aquí!
D. TORCUATO. (Arrebatando el retrato.)
Mia es la joya.
(Guardándola.)
Buenas noches, caballeros.
(¡Oh gozo! Oh ventura! Oh gloria!)

ESCENA XIV.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS.
JUGADORES. MÁSCARAS.

D. MAURICIO.
¿Qué ufano va y qué contento
Con su bella miniatura!
D. MIGUEL.
(Y yo tengo calentura.)
D. GINÉS.
¿Qué aire de remordimiento...
D. MIGUEL. (Con risa forzada.)
¡Yo... ¡Quiá!...
D. MAURICIO.
Damas cuantas quieras
Te ha de valer este rasgo.
Amor es un lindo trasgo
Que protege á los troneras.
D. GINÉS.
Con que son mil y seiscientos...
Si se adopta la tarifa,
Mañana te pongo en rifa,
Iman de mis pensamientos.
D. MAURICIO.
Dejemos ya este episodio,
Y ¡á cenar!
D. MIGUEL.
¿Dónde?
D. GINÉS.
¿En Lardy?
(Siguen hablando bajo. Aparece Felisa por la derecha.)

ESCENA XV.

D. MIGUEL. D. MAURICIO. D. GINÉS. FELISA
JUGADORES. MÁSCARAS.

FELISA.
(¡Buen tutor! .. Todo lo oí.
Me salva: es mi ángel custodio.
Mas aunque me riña luego
Yo he de echar mi cuarto á espadas.)
D. MIGUEL.
¡Ea, á cenar, camaradas!
D. MAURICIO.
¡Broma hasta el día!
FELISA.
(Yo llego.)
¡Chis!
D. GINÉS.
¡Hola! ¿A quién? ¿A mí?
FELISA.
No.
D. MAURICIO.
Pues ¿á quién?
FELISA.
A don Miguel.
D. MAURICIO.
¡Lo dije!
JUGADOR CUARTO.
¡Todas á él!

D. GINÉS.
¡Otra diosa!
D. MIGUEL. (Con afectada indiferencia.)
¿Un dominó! —
¿Qué quieres, linda zagala?
FELISA.
Hablarle en particular.
D. MIGUEL. (Aparte á sus amigos.)
La convidaré á cenar.
D. MAURICIO. D. GINÉS.
Sí.
D. MIGUEL.
Esperadme en esa sala.
(D. Mauricio, D. Ginés y los Jugadores se retiran por la izquierda.)
(Se continuará.)

Revista de París.

Un hombre de edad muy avanzada subía días pasados las grandes escaleras del palacio de la Bolsa, que es también el palacio del tribunal de Comercio. Este hombre se detenía de tiempo en tiempo y con el revés de su mano enjugaba una lágrima fugitiva que asomaba indiscreta á sus párpados. De repente, como obedeciendo á una resolución súbita, nuestro personaje se abotona la levita hasta el cuello, se pasa el pañuelo por los ojos y sube con un paso mas firme los últimos escalones que le faltan. Llegado al vasto salon del palacio encuentra á un caballero de estatura ordinaria muy bien vestido con frac negro y corbata blanca. No era un abogado, á pesar del traje, pues su boca estaba adornada con bigotes, prohibidos á todos los miembros de la magistratura. Los anteojos de cristales azules que llevaba anunciaban que su vista cansada por las veladas y el trabajo necesitaban aquel preservativo.

— Caballero, le dijo el anciano llegándose á él cortésmente, deseo preguntar á Vd. una cosa.
— Hable Vd., respondió el de los anteojos, en lo que yo pueda ser útil, cuente Vd. conmigo.
— Quisiera saber, caballero, dijo titubeando y con acento trémulo el interpelante, qué es lo que debo hacer para...
Y se detuvo poniéndose encarnado como un tomate.
— ¿Para qué? repuso el hombre de la corbata blanca.
— Para dar parte y depositar las cuentas cuando tiene uno la desgracia de quebrar en su comercio.

El desconocido reflexionó un instante como un hombre á quien dirigen por primera vez esta pregunta y luego respondió:

— Nada es mas sencillo, hay que ir á la escribanía y entregar los papeles.
— ¿Y dónde está la escribanía?
— En aquella puerta, el rótulo lo dice.
— Mil gracias, voy allá.
— Tendrá Vd. que pagar una pequeña suma.
— ¡Cómo! ¿se paga por haber quebrado, por una vergüenza!

Y una nueva lágrima humedeció sus blancos párpados.
— ¡Pobre viejo! dijo para sí el desconocido mientras este se registraba los bolsillos para ver si traía algun dinero. Pero al desabotonarse la levita mostró lo que queria ocultar, la cinta encarnada de la Legion de Honor con que estaba condecorado.
— ¿Ha sido Vd. militar? le preguntó el de los anteojos vivamente conmovido.

— Sí, en tiempo del « Petit, » como le llamábamos en la antigua guardia, y mas valia yo con el sable que con la pluma en la mano. En la guerra viene una bala y al hospital, el honor está salvo, pero en el comercio es distinto... ¡Ah! si no fuera cristiano me suicidaba.
Y ocultó su rostro con su pañuelo.

A la vista de una pena tan grande el desconocido se enterneció.

— Deme Vd. sus papeles, le dijo; yo los entregaré por Vd.

— ¿Y el dinero?
— Cuando haya Vd. obtenido el concordato lo pagará, entretanto yo adelantaré lo que haga falta.

Y tomando de manos del militar los papeles que tenia en ellas, le saludó y se dirigió á la escribanía.

Tres dias esperó el anciano su salvo conducto; nadie se presentó, pero una semana despues el mas implacable de sus acreedores fué á decirle:

— No debe Vd. un maravedí, todas sus deudas están pagadas.

— ¿Y quién las ha pagado? preguntó con asombro.
— Lo ignoro.

Hoy el viejo soldado no es ya comerciante: tiene una pensión, y bendice la mano generosa del descendiente de Napoleón I.

Los periódicos de París abundan en correspondencias de los Pirineos, de Bélgica, de Alemania, de todos los puntos en fin donde se halla refugiada en la presente estacion la aristocracia de todos los países. De todas partes escriben que la afluencia de gente es considerable. Así las diversiones se suceden sin descanso. Los artistas de mas nota y mas queridos del mundo elegante recorren los establecimientos de baños franceses y extranjeros, y estas agradables excursiones son quizá mas lucrativas para ellos que

todo su trabajo en el invierno. A propósito del último concierto que ha dado en Vichy un pianista célebre se cuenta un lance bastante chistoso. El artista anuncia una funcion poniendo el precio de las entradas á cuatro pesos, y suplica á varias señoras jóvenes y elegantes que le ayuden en la colocacion de los billetes. Una de las protectoras del pianista, la señora de N..., á fuerza de coqueterías y de diplomacia consigue que una familia de provincias que vive en su misma fonda se quede con sus cinco últimos billetes. Elena de júbilo la señora se apresura á mandar al pianista la suma de veinte pesos, ántes de haberlos recibido. El concierto era escogido, la reunion brillantísima, pero la señora en cuestion observa que no se presenta ningun miembro de la familia de los cinco billetes. Al siguiente dia muy temprano recibe una carta abultada.

— ¿Qué es eso? pregunta el marido.
— Lee, amigo mio, y le entrega un papel cuyo contenido era este:

« Muy señora mia: no hemos podido asistir al concierto de anoche y devolvemos á Vd. los billetes que habiamos tomado. Sentimos infinito no haber podido ir como teniamos prometido. »

La señora de N... se echó á reir á carcajadas. Podia haberlo, puesto que la costaba su dinero, pero su marido no se reía.

— Voy á responder á esa familia de animales, dijo este.
— ¿Y qué vas á decir?

— Ya verás. — Y escribió lo siguiente:

« Deploro que no haya Vd. podido asistir al brillante concierto de anoche, pero una cosa me consuela respecto de Vd. y de su familia encantadora. He sabido por el doctor que volverán Vds. aquí el año próximo por este mismo tiempo, y como el pianista en cuestion debe dar un segundo concierto igual al de ayer, nada perderán Vds. esperando hasta entónces. Bajo este concepto devuelvo adjuntos los billetes que servirán á Vds. de hoy en un año si como me prometo Dios les concede vida y salud, así como al artista á quien mi esposa ha entregado ya de su parte el precio de los cinco asientos. »

Una correspondencia de Dieppe hablaba estos últimos dias del susto que hubo en la playa entre los bañistas por el accidente que hubo de costar la vida á un joven arrastrado por las olas y poco diestro para mantenerse sobre el agua: el lance ocasionó un rasgo de costumbres digno de señalarse.

En tanto que todo el mundo se desesperaba viendo el apuro del joven, en tanto que unos corrian llamando á los maestros nadadores y otros saltaban en las barcas, un inglés nadaba con la mayor serenidad á cincuenta pasos del infeliz que se ahogaba. El hijo de la pérdida Albion, como ántes se decia, cortaba el agua con primor, se sumergia, aparecia otra vez, y mostraba en todo esto la destreza del nadador consumado.

Todos le señalaban al bañista en peligro de muerte, pero él impertérrito continuaba sus evoluciones con la mayor sangre fria. Por fin un botecillo vuela en socorro del joven, le salva y le saca á la playa. El inglés concluye de tomar su baño y salta en tierra algunos momentos despues. Todos le rodean preguntándole:

— ¿No ha visto Vd., no ha oído?

— Sí por cierto.

— ¿Ha visto Vd. que ese caballero se ahogaba?

— Antes que ustedes.

— ¿Pero entónces cómo no ha corrido Vd. á libertarle, Vd. que nada tan divinamente?

— No podia ser.

— ¿Por qué motivo?

— No me habia sido presentado ese caballero.

— El caso varia, milor, contesta al punto uno de los testigos de aquella flema británica, y tomando de la mano al joven que habia estado en peligro de muerte, añade con una reverencia: Milor, permítame Vd. que le presente el baron de R...; señor baron, lord ***

— ¡Oh! muy bien, muy bien; ahora este caballero puede ahogarse cuando guste, que yo le sacaré sano y salvo á tierra.

El baron y el inglés son inseparables desde su presentacion recíproca.

Una notabilidad de nuestra época, y de las pocas que tienen el raro privilegio de ocupar al mundo con el ruido de sus aventuras, la famosa Lola Montes acaba de aparecer en los Pirineos señalando su aparicion con la siguiente carta fechada de San Juan de Luz el 2 de setiembre y dirigida al redactor de « La Estafeta. »

« Los periódicos belgas y tambien algunos diarios franceses han asegurado que el suicidio del artista Maucleerc que suponen se precipitó de las alturas del pico del Mediodía, habria tenido por única causa los disgustos conyugales que yo le suscitara.

» Es una calumnia que creo podria desmentir M. Maucleerc si llegara el caso. Es muy cierto que nos hemos separado amistosamente al cabo de ocho dias de matrimonio, pero hemos obrado así impelidos únicamente por nuestras necesidades imperiosas de independencia recíproca.

» Por lo demás es probable que el suceso del pico del Mediodía habrá tenido nacimiento en la imaginacion de algun periodista sin fondo de noticias trágicas, y cuento, señor redactor, con su imparcialidad para que inserte en su apreciable periódico mi legítima justificacion.

» De Vd., etc.

« LOLA MONTES. »

Son todos los particulares que conocemos sobre este singular incidente.

MARIANO URRABIETA.

Las regatas del Havre.

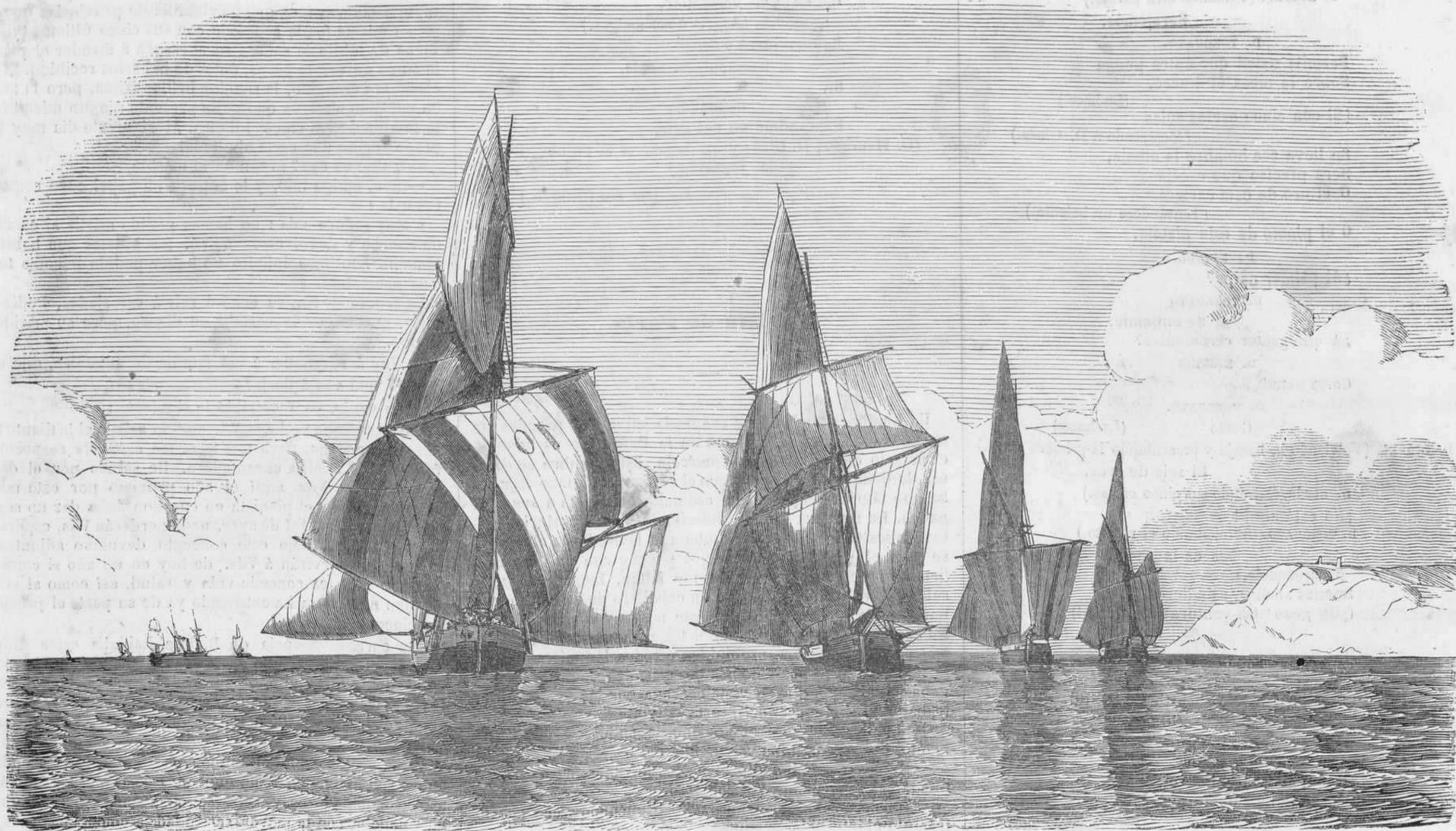
24 DE AGOSTO.

Las regatas del Havre han sido favorecidas por un tiempo soberbio. Una afluencia inmensa de espectadores

cubria la larga playa que se extiende hasta la Heve. La mar estaba hermosa; una fresca brisa rizaba apenas las aguas de la rada surcadas en todos sentidos por una multitud de embarcaciones empavesadas. A las dos y media se dió la señal por el vapor *Ariel* y principiaron las regatas por la carrera de los barcos de vela, que duró

dos horas. Cuatro barcos corrieron y el orden de llegada fué el siguiente: 1° *Maria*, piloto Lecesne; 2° *Neptune*, piloto Boudin; 3° *Montalembert*, piloto Lami.

En la segunda carrera tomaron parte las embarcaciones de todas dimensiones propias para el servicio del puerto, sin pasar de nueve metros y sin límites en



Carrera de los barcos de vela.

cuanto al número de remos. El premio se le llevó el *Alphonse-Karr*, patron Soury.

Trece embarcaciones de vela llamadas de recreo y de toda nación se mostraron en la tercera carrera. El interés de la lucha se concentró en la *Jeannette*, patron Chappelle, del Havre, y el *Sataniel*, de Honfleur, patron Bourdin. La primera ganó el premio.

En la carrera de las piraguas y balleneras de cinco remos se llevó la palma el *Prince-Jérôme*, patron Hannier; el segundo premio fué para *Jeunesse* patron Vaudeion. Doce concurrentes se presentaron en las embarcaciones de pescadores; la *Bienfaisante*, patron Baron, llegó la primera; *Saint-Louis*, patron Decaen la segunda, y *Courageux*, patron Germain, la tercera.

La séptima carrera reservada á los aficionados parecia debía ofrecer un vivo interés. Se sabia que el célebre *Duc-de-Framboisie* de M. de Chateauvillars, de Paris, y el *Etourdi* de M. Marchais, de Paris, debian tomar parte en la lucha. Una bonita yole inglesa con su tripulacion inglesa, debía entrar en la carrera. Sin embargo, á la salida solo se presentó el *Alphonse-Karr* que se retiró de súbito, siendo reemplazado por la embarcacion inglesa. Dada la señal el *Duc* tomó la delantera, seguido del *Etourdi*; ganó el primero.

La octava carrera comprendia la serie de los botes de fantasía llamados *botes de capitán* sin límites en cuanto al número de remos. Dos embarcaciones, el *Etourdi* de Paris y la *Maya* de Ruan se inscribieron para tomar parte en la carrera; sin embargo, el jurado excluyó estas dos embarcaciones del concurso, alegando que eran de formas demasiado elegantes para entrar en aquella categoría. Sin embargo, las dos embarcaciones eliminadas corrieron y llegaron á un tiempo. El orden fué: el *Etourdi*, *Maya*, primero y

segundo premio *ad honores*. El premio real fué concedido al *Morlaisien*, patron Morel, que llegó quince minutos despues de los precedentes, pues el jurado persistió en su decision contra la *Maya* y el *Etourdi*. En nuestra

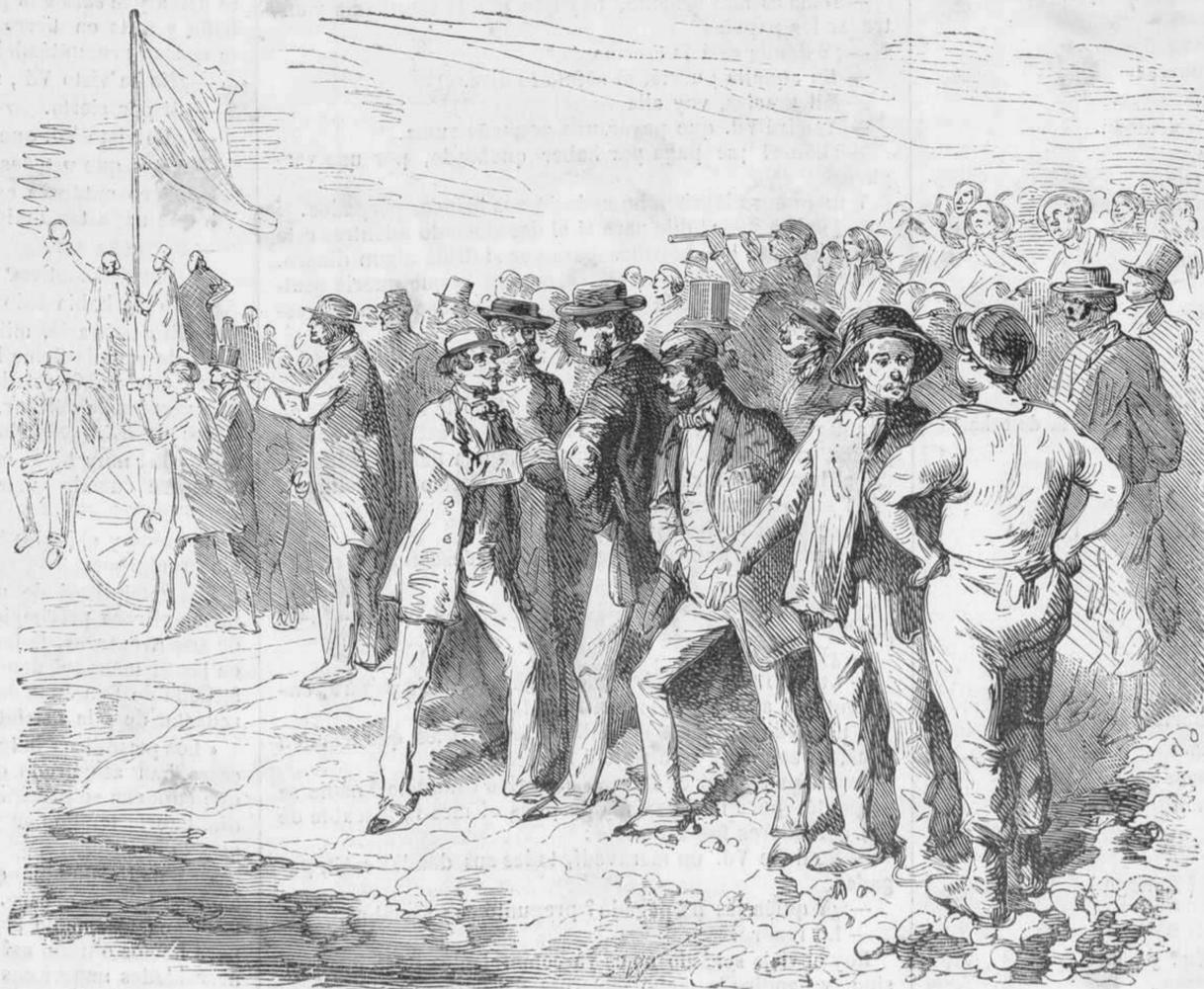
Ataque de los piratas del Riff contra S. A. el príncipe Adalberto de Prusia.

En una correspondencia de Gibraltar de fecha del 9 hallamos los siguientes pormenores sobre el bárbaro atentado de los piratas del Riff (Marruecos) contra el gran almirante de la flota prusiana S. A. el príncipe Adalberto:

«No habiendo recibido la corbeta de vapor prusiana *Dantzig* suficiente cantidad de carbon para llegar á Malta, resolvió S. A. R. el príncipe Adalberto de Prusia marchar á Argel con objeto de abastecerse del combustible necesario. El buque tocó en la costa del Riff, y como acertase á pasar por el mismo sitio donde hace algunos años fué capturado por los piratas un bergantin prusiano, S. A. R. deseando inspeccionar aquel punto, entró en una barca y se dirigió al sitio seguido de sus oficiales que iban en otra. Miétras bordeaban la orilla, observaron que los rifeños agitaban pañuelos blancos en el extremo de sus fusiles; pero apenas empezaron á acercarse las embarcaciones, cuando los piratas rompieron sobre ellos un nutridísimo fuego. Entónces volviendo el príncipe donde estaba el *Dantzig*, mandó reunir todos los botes, y haciéndolos montar por 65 hombres, incluso S. A. R., se dirigió de nuevo á la orilla seguido de su ayudante Niessemann y de los oficiales Bothwell, Batsch, Grapo, Ewald, Pierstch, el

doctor Bertch, y varios guardias marinos con objeto de castigar la traicion de los rifeños.

» Inmediatamente efectuaron el desembarco, y conducidos por el mismo príncipe se apoderaron de una elevada colina que ocupaban los piratas, matando é hirriendo á una porción de ellos. S. A. R. recibió desgraciadamente un balazo en el muslo derecho, pero no por

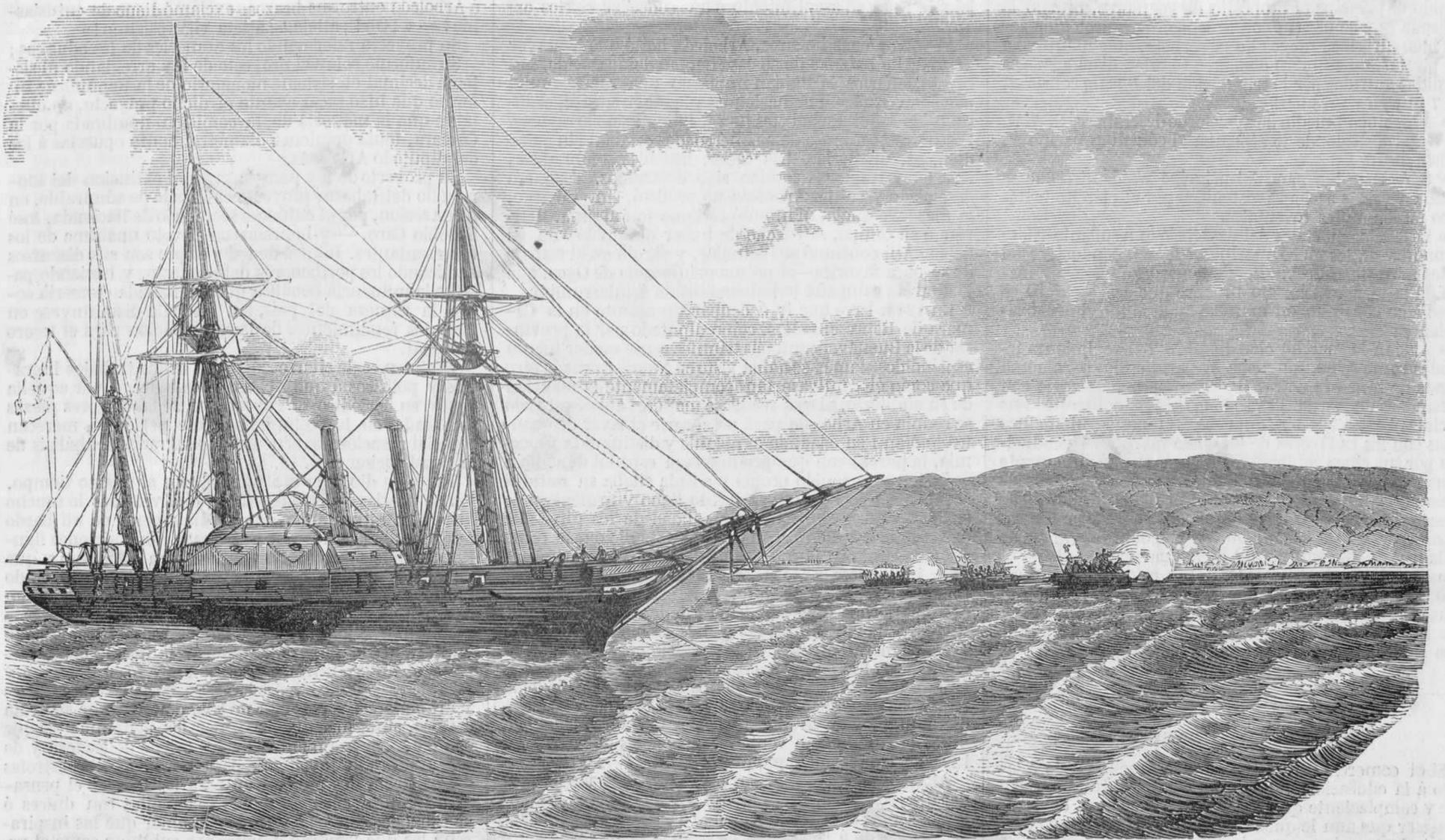


El círculo de las apuestas en las regatas del Havre.

imparcialidad añadiremos que la parte desinteresada del público se sorprendió con este fallo poco motivado.

El orden mas admirable se notó en todos los pormenores de esta hermosa fiesta ordenada por M. Grandin con el mejor acierto.

F.

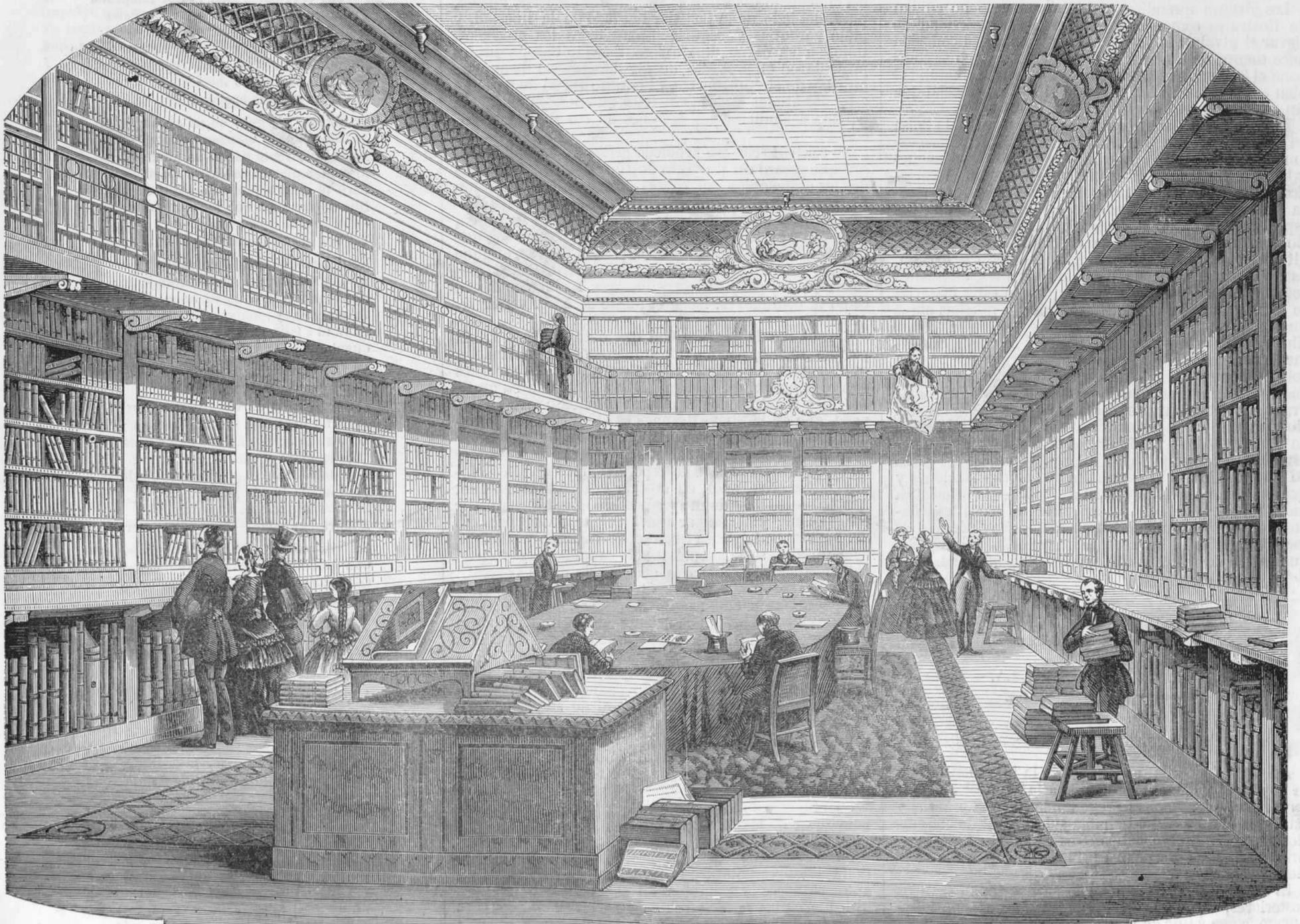


Ataque por los piratas del Riff de la corbeta de vapor *Dantzig*, mandada por el principe Adalberto de Prusia.

eso abandonó el mando de su pequeño destacamento.
 » El ayudante Niessemann fué herido mortalmente de una bala en el pecho, expirando poco despues de lle-

gar á la corbeta. M. Pierstch recibió asimismo una herida en el brazo izquierdo, y quedaron fuera de combate 17 marineros, entre los cuales se cuentan 5 muertos.

Quando el príncipe se hubo apoderado de la cima de la colina, los rifeños trataron de flanquearla con fuerzas considerables para cortar á los prusianos; pero cono-



Biblioteca del Tribunal de Comercio en Paris. (Véase la página siguiente.)

ciendo el príncipe el propósito de los moros, ordenó la retirada que se efectuó con mucho orden, protegida por los bien dirigidos fuegos de la corbeta, que mantuvo á los piratas, en número de 500, á regular distancia. Las pérdidas sufridas por la tripulación del *Danzig* consisten en 7 muertos y 18 heridos.

» A las cinco y media de ayer tarde desembarcó S. A. R. en Waterport, donde le esperaba el cónsul prusiano M. Wortmann.

» S. A. R. es hermano del príncipe Waldemiro que se batió en varias acciones sostenidas por el ejército británico en las Indias Orientales.

» Les restos mortales del desgraciado ayudante Niessemann y de los cinco marineros fueron conducidos en botes á Western-Beach, donde llegaron á las seis y media de la tarde. El cortejo fúnebre que les esperaba se puso acto continuo en marcha, guardando el orden siguiente:

» Abrian la marcha cien hombres del regimiento irlandés número 92, con armas á la funerala, seguía una banda de música; detrás iba el carruaje mortuario con la bandera de Prusia, llevando las cintas del féretro seis oficiales ingleses y dos franceses. En pos seguían cinco cajas con los cadáveres de los cinco marineros conducidos por sus cinco compañeros de armas, y últimamente cerraban la marcha las tripulaciones del vapor inglés *Vesuvius* y del *Danzig*, S. A. el príncipe Guillermo de Hesse, el cónsul prusiano, los oficiales del vapor francés *Phénix*, y un destacamento de cincuenta hombres de cada uno de los regimientos de la guarnición.

» El cadáver de Niessemann fué colocado en un nicho especial por varios marineros del *Danzig*. El R. Winkelsen pronunció enseguida la oración fúnebre.

» Presenció esta triste ceremonia un inmenso gentío que siguió el entierro hasta el mismo cementerio.

Biblioteca del comercio.

Si el comercio francés ha ganado mucho en lo relativo á la educacion, esto es, en cuanto al trato agradable y complaciente que facilita las relaciones, es triste confesar que aun le queda mucho que adquirir en cuanto á la instruccion que es la base verdaderamente seria y fundamental, el instrumento de prosperidad indispensable. Cobden repite cada dia hablando de los franceses: « Poseen ciertas cualidades del buen fabricante; sus manufactureros no tienen nada que aprender, pero en la cuestion comercial no entienden una jota. »

Los jóvenes aprendices del alto comercio no cuidan de ilustrarse como debieran; pero esta necesidad de elevar el nivel de la instruccion entre ellos es conocida hace tiempo de los hombres eminentes de que se compone el Tribunal de Comercio, que con una liberalidad bien entendida han fundado una biblioteca especial que sin duda hará grandes servicios al país.

Esta biblioteca se halla situada en la plaza de la Bolsa en el edificio donde el tribunal se reúne. El hermoso salon cuyo dibujo publicamos tiene ya 12,000 volúmenes y hay fondos suficientes para doblar este número. — Economía comercial, instituciones comerciales, enseñanza comercial, conocimiento de las mercancías, ramos especiales del comercio, comercio de la Francia, comercio general de la Europa, Asia, Africa, América, esclavitud colonial y tráfico de negros, comercio marítimo, pescas, monedas, pesos y medidas, aduanas, estadística comercial, todo cuanto tiene relacion con estas materias se encuentra allí reunido. Luego vienen muchas obras que tratan de ciencias y artes y una coleccion selecta de libros de historia y de geografia. Allí se puede consultar la coleccion de las patentes de invencion; — una coleccion muy curiosa de muestras de telas estampadas; — la cotizacion auténtica de los fondos públicos de Francia y del extranjero del año IV á 1836; — los precios dominantes de las mercancías cotizadas en la Bolsa de 1821 á 1836; — los informes de los consejos generales sobre el comercio de los diferentes puntos del globo de 1819 á 1836; — la estadística de las importaciones y exportaciones de 1790 y 1820 á 1836; — la estadística judicial del comercio, y los aranceles de todos los Estados del globo en diferentes épocas. — Hay además los mejores periódicos ingleses, americanos, alemanes, etc. que tratan de materias comerciales y económicas.

Hombres ilustres

DE LA AMÉRICA ESPAÑOLA:

JULIO ARBOLEDA.

Así pues, Arboleda, alejándose de la intendencia, para no ser liquidado, dió sin ruido á la República, lo que otros han legado á veces pregonándolo por la prensa; y esto, que él no solamente habia sido liberal de sus erarios para servir á sus compañeros y premiar á su tropa, sino que la faccion le habia privado casi de los dos tercios de su fortuna.

Es de notarse, que habiéndolo propuesto, en tiempos posteriores, el general Joaquín Barriga, secretario de Guerra, como á uno de los que debian obtener la efectividad de su grado, Arboleda hizo que lo borrarán de la lista que el Ejecutivo iba á pasar al Senado, con el ob-

jeto de pedir su asentimiento para conceder ciertos ascensos.

Al volver á sus hogares, Arboleda halló que la mayor parte de los haberes de su casa habian desaparecido. Los revolucionarios le habian impuesto una fuerte multa por sus virtudes. Sus haciendas y las de su suegro, el distinguido señor Rafael Mosquera, habian sido arrasadas. Los hermosos llanos de sus heredades estaban sin ganados, ni caballerías. Las casas, muebles, labranzas, huertas y trapiches habian sido destruidos. Todo era desolacion y ruina. Arboleda no profirió, sin embargo, la mas leve queja, ni intentó reclamacion alguna. Retiróse á su campo, satisfecho de haber cumplido con su deber. Allí continuó sus estudios, y siguió en el trabajo de su obra favorita—el poema del *Gonzalo de Oyon*, que la dilatada campaña le habia obligado á interrumpir.

En 1844, tuvo que ir á ocupar un asiento en la Cámara de Representantes, como diputado por la provincia de la Buenaventura. Sus triunfos como orador fueron espléndidos. Jamás se habia visto en Nueva Granada otro que como él cautivase tan completamente la atencion de su auditorio, ni que recibiese mayores aplausos. Todo se reunia en Arboleda para procurarle el favor de cuantos le oian: su edad, su agradable y distinguida fisonomía, la pureza con que pronunciaba el español dándole á cada letra su sonido propio y á cada sílaba su natural acento,—su locucion correcta, lo lleno y armonioso de sus periodos, la belleza y originalidad de los giros que da á sus pensamientos, su profunda erudicion, su estilo ora enérgico, ora tierno, ya grave, ya lleno de imágenes; juntándose á todas estas raras prendas la de tener una voz sonora y vibrante, y haber adquirido desde sus mas tiernos años esa cultura y delicadeza de maneras, que solo da el roce con las gentes de buena compañía.

La primera causa á cuyo servicio puso Arboleda su elocuencia, fué en favor de sus enemigos políticos. Las circunstancias en que se vió el país á consecuencia de la vandálica revolucion de 1839 á 1842, hizo que se expidiera una ley de circunstancias, llamada de *seguridad*, y por la cual habian venido á quedar los gobernadores investidos de facultades omnimodas.

Algunos de esos funcionarios habian abusado del poder discrecional que esas leyes les concedian; y se color de conservar el orden reduciendo á prision á los tildados de dar pávulo á la faccion, ejercian á sus anchas actos de venganzas mezquinas; abusos frecuentes en los países trabajados por las revoluciones á mano armada. Arboleda, valiente y magnánimo, no podia ver en calma esos actos de ruindad, esas persecuciones innecesarias, ejercidas á nombre de la ley para satisfacer las pasiones del ciudadano investido de un público carácter. Púsose, pues, del lado de la justicia, del lado de la libertad, y pidió garantías y seguridad para todos los asociados. Unióse á su digno amigo José Eusebio Caro, y juntos presentaron el proyecto de ley derogatorio de aquella otra ley de circunstancias. El triunfo quedó de parte de estos dos atletas de los principios quienes con elocuente palabra defendieron los derechos de sus enemigos vencidos.

No contento con eso Arboleda presentó, defendió y logró que pasase un proyecto de amnistía extensiva á todos los desterrados por causas políticas, con excepcion de los cabecillas de la revolucion. Caro sostenia las mismas ideas, y al oír los discursos elocuentes de su amigo, se acerca á él, le aprieta la mano, y le dice con voz que revelaba una profunda sensacion: — « Tal vez, aunque lo dudo mucho, podrá pronunciarse un discurso mas convincente; pero es imposible que nadie conmueva como tú conmueves, hasta el punto de hacer verter lágrimas. »

Grande fué la popularidad que obtuvo Arboleda. El partido liberal, partido admirablemente organizado, y que siempre ha sabido pagar con usura los servicios que se le hacen, quiso manifestar á Arboleda su gratitud, — y resolvió adoptarlo como candidato para *Designado*, que en la Nueva Granada es el funcionario llamado á ejercer el poder ejecutivo, á falta del presidente y del vice-presidente. Al partido de orden ó conservador no desagradó, como era de esperarse, tal candidato. Todos convinieron, pues, en escoger el mismo ciudadano. Arboleda aun cuando muy joven, se propuso combatir tal eleccion; y siendo por aquel entonces amigo sincero del general H. López, á quien creia honrado y patriota, propuso que se le adoptase por candidato, y trabajó activa y eficazmente por la eleccion de dicho general.

Desde 1844 hasta 1848, Arboleda continuó ocupando un puesto en la Cámara de Representantes, siendo diputado ya por la provincia de la Buenaventura, ya por la de Barbacoas. El tiempo que le dejaban libres las arduas tareas de legislador, y de legislador consagrado al cumplimiento de sus deberes, lo empleaba en el arreglo de sus negocios particulares, ó lo dedicaba al trabajo de obras literarias, y principalmente al de su poema, que al fin de 1850 contaba ya con veinte y dos cantos, á los cuales se les habia dado la última mano.

En la época á que hemos aludido últimamente, los principales actos de Arboleda, en su calidad de diputado, son los siguientes:

Su proyecto de ley igualando al pabellon nacional los pabellones de las demas naciones, y aboliendo, en consecuencia, los derechos diferenciales;

Su proyecto de ley sobre caminos nacionales. La Cámara de Representantes lo adoptó y dió comision á su autor para que lo sostuviese en el Senado. Tan admirables fueron los raciocinios de Arboleda en aquella ocasion; fué tal y tan arrebataadora su elocuencia; que el general López, que se oponia al proyecto, se levantó de su asiento antes de concluirse la sesion, y estrechando

á Arboleda entre sus brazos, exclamó lleno de entusiasmo: — « ¡ Oh! ¡ atleta! ¡ atleta vigorosísimo! »

Su proyecto reformando los aranceles de las aduanas;

Su informe sobre el proyecto de ley arreglando al sistema decimal el sistema monetario de la República; informe que hizo sacar adelante el dicho proyecto, no obstante que la mayoría de la comision nombrada por la Cámara, tenia opiniones diametralmente opuestas á las del diputado Arboleda.

Su proyecto de ley para la gradual extincion del monopolio del tabaco; proyecto calificado de admirable, en plena sesion, por el entonces secretario de Hacienda, José Eusebio Caro, — y honrado con el voto unánime de los representantes. Dignos de todo elogio son sus discursos explicando los pormenores del proyecto, y haciendo patente la influencia benéfica que tal medida ejerceria sobre la riqueza del país, sin que ella disminuyese en nada los rendimientos de la contribucion para el tesoro nacional.

Tambien es de citarse entre los bellos trabajos literarios y políticos á que Arboleda se entregó por aquella época, su periódico *El Payanés*; entre las mejores piezas publicadas en las columnas de ese periódico, merecen especial mencion los artículos consagrados al análisis de la Constitucion de 1843.

Tambien dió á la luz pública por el mismo tiempo, varias poesias que evidenciaron una vez mas lo mucho que la literatura americana podia esperar de un bardo tan lleno de inspiracion. Entre esas composiciones figuran las dulcísimas octavas hechas para un álbum y que llevan por título « TE QUIERO; » las cuales han tenido tan calorosa acogida no solo en Nueva Granada, sino en casi todos los países Sur-americanos. Para amenizar esta insulsa narracion vamos á copiar esas estrofas, como tambien las de otra poesia que por la misma época publicó el autor, intitulada « ME AUSENTO. » En una y otra de esas dos composiciones se hallan versos dulces y armoniosos, versos que no solo deleitan por su grata música, sino, mas que todo, por los pensamientos que contienen, pensamientos llenos, ora de delicadeza y de ternura, ora de fuego y de pasion. Estas bellas estrofas de Arboleda, nos prepararán para las que de él pensamos publicar mas adelante: — aquellas son dulces ó apasionadas como la virtud y el amor que las inspiraron: las que vendrán despues son sublimes como el patriotismo, graves y solemnes como la epopeya.

TE QUIERO.

Te quiero sí, porque eres inocente,
Porque eres pura, cual la flor temprana
Que abre su cáliz fresco á la mañana
Y exhala entorno delicioso olor. —
Flor virginal, que el sol no ha marchitado
Cuyo tallo gentil se eleva erguido,
Por matutino céfiro mecido
Que besa puro la aromada flor.

Te quiero, sí; pero en mi pecho yerto
Ya con amor el corazon no late,
Ay! ni mi frente pálida se abate
Al contemplar tu cuello de marfil;
Pero te quiero como á aquella tierna
Hija de mi alma que inocente ahora,
En el regazo de su madre llora
Tal vez la pena que soñó infantil.

No dejaré que veleidoso vague
De flor en flor mi loco pensamiento;
Mas tambien la amistad tiene un acento
Tu amigo soy: amigo cantaré.
Feliz tú! feliz yo! mis largos años
Cuentan dos veces lo que tú has vivido:
Tú el aguijon de amor aun no has sentido;
Yo ya de amor el aguijon gasté.

El fuego brilla en tus abiertos ojos,
Pero no hará reverberar los míos;
Tu blando acento en mis oídos frios
Rápido vibra y piérdase al caer:
Y si entrecubre el párpado bruñido
Tu diatada lúcida pupila,
Mi mirada pacífica, tranquila,
Admira el ángel, — nunca la mujer. —
Tal vez anima tu semblante puro
Con gracia celestial vaga sonrisa,
Como se anima al soplo de la brisa
El terso lago en tímido vaiven;
Y tu inefable sonreír de ángel
Al corazon arrancará un suspiro;
Mas yo impasible tu sonrisa miro, —
Y mirara impasible tu desden.

A quién sirve en el árido desierto,
De ruiseñor armónico el gorgojo?
A quién dará su música recreo,
Si todo entorno es yermo y horfandad?
Y qué valen tu gracia y tu hermosura,
Y tu lágrima amiga y tu plegaria, —
Cuando mi alma cansada, solitaria
Está absorta en su propia soledad?

Estéril soledad do todo muere,
Que llevo yo do quier conmigo mismo,
Que, cual potente mar, torna en abismo,
Y á sí asimila cuanto en ella cae!
Ya para mí la brisa no levanta
El mar de las pasiones: — está en calma:
Al estéril desierto de mi alma
Solo la arena sus mudanzas trae.

Volcan extinto soy, ceniza fria,
Que humedeció el dolor. Lee lo que escribo :
Tu mirada de fuego yo no esquivo,
Que la chispa al caer se apagará.
Lee lo que escribo! Algun futuro día
Dirás—*el fué mi amigo* : á mas no alcanza
Ya mi ambicion : mi tímida esperanza
No de amistad el linde salvará.

Pero tu suerte, hermosa flor! tu suerte
Si quisiera labrar y tu ventura ;
Eres hermosa : el crimen de hermosura
Persigue el hombre sin piedad aquí. —
Flor descuidada que á la brisa ondeas,
El gusano te acecha en torno andando, —
El diente aguza — y en el tallo blando :
Oh, Dios! buen Dios! apártale de allí!

Tú la hiciste, Señor, no la abandones!
Tú de gracia, de amor tú la vestiste,
Cúidala ahora : el enemigo existe
Desnudo de virtud y de piedad
No le permitas deshojar tu lirio!
Ay! ni en el cáliz exhalar su aliento :
Ay! ni permitas que enemigo viento
Aje tu linda flor, Dios de bondad!

ME AUSENTO.

Auséntome ¡oh dolor! me ausento solo
Y todo es soledad por donde paso,
Y todo está dormido. En el ocaso
Lento su disco va sumiendo el sol ;
Y expira, como expira mi esperanza,
En tristísimo lánguido desmayo ;
Sin despedir ni un moribundo rayo,
Eclipsando entre nubes su arrebol.

Avanzase la noche tenebrosa
Y sepulta á la tierra en su hondo seno ;
Ni zumba el viento, ni retumba el trueno,
Ni se oyé el arroyuelo murmurar.
Una pálida estrella solitaria,
Cubierta por el cielo nebuloso,
En triste, melancólico reposo
Puede apenas las nubes penetrar...

Imágen de mi vida sin ventura!
Estrella solitaria! aquellas nubes
Que velan la mansion de los querubes
Impiden que tu luz llegue hasta aquí.
Yo tambien entre el polvo tengo mi alma,
Pero su luz á penetrar no alcanza ;
Y es luz de amor — de amor sin esperanza,
Porque su luz no me ilumina á mí.

Entre el alegre estrépito del mundo
O en esta soledad triste, sombría,
Mi corazon palpita de agonía
Y vive del dolor mi corazon ;
Mi corazon cuyo latir convulso, —
Perdida la quietud, la paz perdida,
Le da existencia, cómo al mar la vida
El sordo rebramar del aquilon.

¡Cuán horrible es vivir de la tristeza,
Agobiada la sien de pesadumbre,
Y no sentir jamás la dulcedumbre
Que la fé solo y la esperanza dan!
¡Cuán horrible es amar sin ser oído!
Que el suspiro entre lágrimas enviado,
No halle jamás el eco deseado,
Que respondiéndolo alivie nuestro afán!

¡Cuán horrible es contar mis tristes horas
Por las horas acerbadas de mis penas,
Y sentir la ponzoña entre mis venas
Sin probar nunca el cáliz del placer!
¡Cuán horrible es pensar que ya sucumbo
Al peso irresistible del destino,
Y divertir con mi clamor continuo
El capricho, ó virtud, de una mujer!

Y pensar que un rival afortunado,
Porque nació bajo mejor estrella,
Pueda en su boca deliciosa, bella,
Vida beber, felicidad y amor!
Y entré su seno cándido, suave
Verle gozar sus tímidas caricias,
Y de amor embriagado y de delicias,
Cuando yo soy la presa del dolor!

Si, del dolor! Si alguna vez sus labios
A mis labios sedientos se juntaron,
Y unos en otros de apagar trataron
El fuego de su ardiente juventud ;
Entonces, cual volcán cuyo estallido
Ahoga el cantar del ruiseñor contento,
De mi pasion frenética el acento
Vino á matar la voz de su virtud.

Y con la mano trémula apartóme;
Sustrajo á mi cabeza su regazo : —
Huyendo de mi amor y de mi abrazo
Y de su propia tímida pasion.
Y yo la ví de lejos, reclinada,
Puesta la mano cándida en la frente,
De un caduco deber llena la mente,
Y del amor presente el corazon.

Pero sus ojos tímidos me vian
Sin osarme mirar; húmeda estaba
Su faz, donde la lágrima brillaba
Como el rocío en nacarada flor.
Ahora arrepentida se mostraba
De haberme rechazado; ora tendia
La palma y ordenarme parecia
Que respetase, amando, su pudor.

Mas prendíme á sus labios deliciosos
Como de abejas el hambriento enjambre,
De vírgen flor al oscilante estambre
Que blando mece el céfiro al pasar...
Ay! donde yo la vida hallar creía
Cual colibrí la miel en su azucena,
Solo hallé copa de ponzoña llena
Que vino mi existencia á envenenar!

Y la probé, cual pajarillo incauto
El solo grano que la red encierra,
Y deja de vagar por aire y tierra
Prisionero quedando entre la red.
Oh! quién pudiera nunca haber probado
El néctar en sus labios de ambrosía,
Dónde mi alma en éxtasis bebia,
Sin jamás apagar su ávida sed!

Y ser yo quien lo quise! — Así el viajero
En los desiertos yermos de Sahara
El resoplar del viento deseaba,
Del viento del desierto abrasador. —
Y así sentí, cual siente el peregrino
Al ver llegar la muerte sobre el viento,
Que emponzoña las auras y el aliento
Con su abrazo de fuego y de dolor; —

Así sentí, mujer; ese el alivio,
Ese fué de placer el que ofreciste
Amargo cáliz; eso lo que diste
Por sola recompensa de mi fé! —
Ahora mintiendo afectos, á engañarme
Yo no sé quien te impele seductora :
Conozco que me engañas aun ahora —
O tal vez me amarás; — yo no lo sé.

Pero yo sí te amo : no profanes
De mi amor el purísimo santuario ;
No olvides al viajero solitario
Que vive, que delira para tí ;
Para tí sola, para tí que diste
Tormentos á mi alma venturosa ;
Por quien la vida arrastro pesarosa
Entré el dolor, la angustia, el frenesí.

Robásteme la dicha que tenia,
Robásteme mi paz y mi sosiego,
Y en mí, tirana te erigiste luego,
Y yo te amo y siempre te amaré.

Mas no cual tú, que tienes quien te admire,
Quien te prodigue incienso prosternado ;
Yo solo tengo un corazon llagado ;
Solo amar sé, y amando moriré. —

Con sus dulces, armónicos acentos
Otro infeliz encantará tu oído,
O de célicas formas bendecido,
Su talla altivo ostentará y su faz ;
Pero á mí el cielo, de su polvo avaro,
Me ha negado la atlética belleza :
Yo no levanto erguida la cabeza,
Ni alzo á las nubes mi mirada audaz.

Pero ¡ay! que si el cielo no ha querido
De perfeccion hacer conmigo alarde,
No por eso, mujer, soy yo cobarde :
Yo tengo honor, aunque pujanza no ;
Sí, tengo honor, el sentimiento excelso
Que asegura del alma el poderío,
Y una alma bulle aquí en el pecho mio,
Que digna de adorarte Dios creó!...

Los talentos y vastos conocimientos de Arboleda ; su patriotismo y demás virtudes cívicas, llamaron, como era natural, la atención de los ciudadanos que estaban en el poder, los cuales quisieron elevar á tan distinguido jóven á los mas altos puestos públicos; pero este nada quiso aceptar. Sumamente desprendido, queria servir á su patria con desinterés, y deseaba alejar hasta la sombra de todo aquello que pudiera pasar como ambicion personal. Acerca de esto, veamos lo que él mismo decia en 1850, en el escrito citado mas arriba: —

« He sido llamado varias veces á los puestos públicos mas honrosos y lucrativos de mi patria. Se me quiso encargar una mision de alta importancia en Europa, y rehusé el encargo : se me llamó á la secretaria de Relaciones exteriores, y no quise hacerme cargo del portafolio : fui llamado con instancia á la de Hacienda, y tampoco quisé hacerme cargo de ella : porque creo que cada uno debe llenar su mision sobre la tierra ; que nada hay mas honroso para el hombre como servir bien á su patria, nada mas degradante como servirla mal ; y, en la edad que tenia, no me hallaba con las fuerzas necesarias, para desempeñar dignamente las arduas funciones que querian encargarme. Pero sí he sido, señores, consejero municipal, jefe político, representante, y soy en el dia diputado á la Cámara de provincia, de donde pasaré tan pronto como terminen las sesiones, á la

cárcel de Popayan (1), habitacion de mis ascendientes en tiempo del reinado de D. Pablo Morillo, y mia en tiempo de la dominacion del general José Hilario López. Saludo, pues, aquel templo donde se prepararon tantas víctimas para el sacrificio ; y le ruego al Dios de mis padres, que me purifique á mí como á ellos, y que, si es posible, me conceda, aunque la compre con la vida, la corona de honor que orla sus sienas. » (2)

Así pues, Arboleda rehusaba por modestia suma, los puestos que otros, sin mas títulos que una ambicion desahorada, se afanan por adquirir aun á costa del honor y de la conciencia; pero jamás dejó de aceptar los destinos humildes, los cargos onerosos, los empleos en que se puede servir á la patria con fruto, pero sin brillo. Sin embargo, nuestro principio es : que todo ciudadano probo, inteligente ó ilustrado debe servir á su país en todo destino á que se le llame; porque, de lo contrario, si los hombres capaces y virtuosos se retiran de los puestos encumbrados, irán á ocuparlos las medianías, ó lo que es peor, los intrigantes que trafican con la cosa pública.

De 1848 á 1850, los dias corrieron serenos y tranquilos para Arboleda, quien dividia su tiempo entre el estudio, el trabajo de obras importantes, la educacion de sus hijos, y el manejo de sus cuantiosos intereses. Es increíble la actividad que entonces desplegó. Tan atinado anduvo en todas sus transacciones, sus cálculos fueron tan exactos, tan bien concebidas las medidas que tomó para el arreglo de sus negocios, que en 1850, estos se hallaban en un brillante estado. Con este motivo, Arboleda escribia, con fecha 2 de diciembre de aquel año, á uno de sus amigos de Londres, lo que sigue: —

« La fortuna me ha favorecido últimamente con una de sus mas graciosas sonrisas. (Fortune has of late smiled on me most graciously) : mis negocios en general, no solo han marchado notablemente bien, sino que mis tierras tienen una cantidad tan enorme de excelente quina, que por muchos años podré exportar dos mil zurrones anuales. Tengo un contrato por tres mil, que estoy seguro de entregar en estos doce meses. La exportacion me costará bien poco, pues tengo mas de quinientas mulas desocupadas, y con el ejercicio de conducir mis tercios hasta el puerto, ganarán en vigor y en valor. »

Con fecha 17 del mismo mes, escribia á otro de sus amigos de Londres, lo que sigue : — « La quina en mis tierras parece inagotable. He tomado todas las providencias del caso para impedir su destruccion ; y solo exportaré á razon de mil cargas por año. A los veinte años vendré á cortar los últimos árboles, y ya los primeros habrán crecido de nuevo. Parece que hay quina en toda la cordillera, y en grande abundancia; de modo que no faltará trabajo lucrativo para nadie. Ahora puede ser que tengamos industria, y con ella — paz, caminos y felicidad. ¡ Mire Vd. que cosas hace la Providencia! Los montes en que abunda la quina serán la California de la Nueva Granada. Si mis negocios continúan como van, me tendrá Vd. por allá, con el objeto de ensayar si, apoyado en mi capital, puedo lograr la formacion de una compañía, que cruce este país de magníficos caminos. Esto es lo que nos falta : los medios de transporte son tan dispendiosos ahora, que la fabulosa fertilidad de nuestra tierra está como muerta para nosotros y para el mundo; pero con caminos, aunque se acaben ó se desacrediten las quinas, quedaremos ricos con lo que ellas hayan producido ; y estas provincias, con vías fáciles para ponerse en contacto con el Pacífico, serán el emporio de la América Occidental. Yo estoy resuelto á asegurar mi capital, promoviendo, por cuantos medios estén á mi alcance, con la prosperidad general la mia propia. Así, mis hijos tendrán un rico patrimonio en el valor de mis bienes, que subirá á la par con el de todas las propiedades de mis compatriotas. La industria asegurará la paz ; y mis hijos recibirán una herencia mas rica que la de los bienes materiales ; una patria que podrán nombrar sin pesar y sin vergüenza. Lo único que me asusta, es la exacerbacion de las pasiones políticas y cierta falta de tino en el gobierno. »

Estos detalles podrán, acaso, parecer insignificantes; pero no lo son : conocida la posicion pecuniaria de Arboleda y sabiendo el brillante estado en que se hallaban sus negocios en aquel tiempo, se verá cuán nobles y desinteresados fueron los motivos que lo impelieron á obrar como obró en época posterior.

(Se continuará.)

J. M. TORRES CAICEDO.

Viaje a San Petersburgo.

San Petersburgo 23 de julio de 1856.

Terminaba una de mis cartas precedentes cuando estaba en el Neva; despues he seguido varias veces el mismo camino y no se la debilitado en mí la impresion de grandeza que me dejó la primera vista de San Petersburgo.

Hace ciento cincuenta y dos años que el Neva corria libremente por una campiña inculta sin ninguna señal de

(1) En la época en que Arboleda escribia esas líneas, empezaban las mas terribles persecuciones contra los hombres honrados.

(2) El escrito á que nos referimos, así como la conducta firme y noble que siguió Julio Arboleda, en aquellos dias aciagos para la Nueva Granada, en que parecia que la sociedad iba á ruina, fueron calorosamente elogiados aquí, en Paris, en el ANNUAIRE DES DEUX MONDES correspondiente al año de 1851.

habitacion. Hoy el rio está sujeto; sólidos muelles de piedra encarnada de Finlandia le oponen una barrera poderosa, y sobre sus márgenes se eleva una larga serie de palacios. Paris, se dice, no se edificó en un día, mas no podría decirse otro tanto de San Petersburgo, pues es acaso la ciudad mas homogénea que existe. El carácter de la mayor parte de sus edificios es de estilo italiano, recargado de ornatos.

Pero antes de entrar en la ciudad debemos decir dos palabras sobre su situacion topográfica. A su extremo Nordeste, allí donde se eleva la fortaleza de San Petersburgo, el Neva que desde el lago Ladoga habia corrido por un solo cauce se divide en un crecido número

de ramales, entre los cuales se forman siete islas principales y una porcion de islotes; las islas son las de la Fortaleza, Vasili-Ostroff, la isla de Basilio-Petofsky, Yelaguine, Kamena, Crestofsky, la isla de los Boticarios. Las dos primeras constituyen en cierto modo parte de la ciudad; las otras aunque dependen de ella se consideran como campo; un día las visitaremos. La capital de Pedro el Grande se eleva sobre la orilla izquierda del Neva. Allí están los grandes edificios, los palacios, las calles suntuosas. Vasili-Ostroff que se halla enfrente, principia tambien á tomar su parte en el ensanche de la ciudad, ó por mejor decir la ciudad se extiende por ese lado, donde se ven ya algunos establecimientos importantes.



Palacio Voronzhoff-Dachkoff, residencia del embajador de Francia en San Petersburgo.

Las distancias son largas en San Petersburgo; por fortuna abundan los medios de transporte y cuestan poco. A cada paso se encuentran los pequeños carruajes llamados *droschkys* de una construccion tan ligera como sencilla. Los hay de dos clases; el uno es un simple banco cubierto con un almohadon de paño, y colocado á lo largo, sobre cuatro ruedas; la gente se pone á caballo ó de lado; el otro mucho mas cómodo se compone de un sillón para dos personas, con un estrecho pescante para el cochero.

En un carruaje de esta última especie hice yo mi entrada en San Petersburgo. El barrio que tenia que atravesar para llegar á casa (*Malaya-Morskoi*) es sin contradiccion el mas hermoso de San Petersburgo; sobre

cúpulas doradas; obra del francés Montferand, y en el centro de este vasto cuadrilátero se distingue la estatua de Pedro el Grande debida igualmente á un artista francés, Falconnet. En la roca que sirve de pedestal á esta escultura gigantesca se lee la inscripcion siguiente: *A Pedro el Grande, Catalina II*. Mas allá en las márgenes del rio, el palacio de invierno, la columna Alejandrina y el edificio circular de los ministerios continúa esa serie de palacios á la orilla del Neva; luego sobre el mismo muelle, se distinguen la Ermita y el cuartel de los Preobajensky, el palacio Voronzhoff-Dachkoff ocupado hoy por la embajada de Francia y una porcion de casas ricamente adornadas: esta larga línea de edificios concluye en el palacio de mármol y sus dependencias, dig-

la orilla izquierda del rio el muelle inglés se prolonga hasta las construcciones del almirantazgo cuya alta aguja dorada se destaca en el firmamento; desembarcado en Vasili-Ostroff, debia pasar para llegar á la ciudad el puente de piedra que, entre parentesis, es de hierro.

— Este puente magnífico es de mucha utilidad para San Petersburgo, que cuando el deshielo se encontraba á veces privado de comunicacion con Vasili-Ostroff. Al extremo del muelle inglés hay una hermosa plaza. Uno de los lados está formado por el Senado y sus dependencias que hacen frente á las construcciones del almirantazgo; en la parte que mira al rio se eleva la iglesia de San Isaac con sus cinco



El emperador de Rusia por las calles de San Petersburgo.

nas del esplendor del edificio principal.

En la orilla opuesta, la ciudadela ó fortaleza de San Petersburgo colocada sobre una isla poco distante del continente, ostenta sus negras murallas dominadas por la alta aguja dorada de la iglesia que encierra las cenizas de los soberanos de la Rusia. Mas allá la punta de Vasili-Ostroff está señalada por el edificio de la Bolsa, ante el cual se elevan como dos centinelas dos columnas con tripodes de bronce; bajando el rio se encuentran, siempre á la orilla del agua, la aduana y la escuela de cadetes luego la academia, vasto monumento elevado en honra de las bellas-artistas, y por último el edificio de la escuela y el museo de minas que cierra esa línea de palacios. Y sobre todo se destacan una porción de cúpulas, de agujas pintadas de azul, de verde ó doradas que resplandecen á los rayos del sol; ¿qué será pues Moscou que dicen tiene todavía mas carácter?

Hé ahí lo que pude ver en el camino que debí andar para llegar á mi casa; estaba atónito con tanta grandeza. Volviamos el ángulo de la perspectiva Newsky, larga arteria que atraviesa San Petersburgo en su mayor longitud, cuando de repente mi cochero detiene el caballo; un carruaje ligero pasa rápidamente delante de mí; distingo un penacho blanco que flota graciosamente al viento, todas las cabezas se descubren, todos los coches se paran y oigo decir á mi lado en francés lo que es bastante comun en las calles de San Petersburgo: — ¡el emperador! — Era en efecto el soberano de la Rusia que volvia de Tzarkoie-Selo, y atravesaba la ciudad solo sin mas que su cochero en su carruaje. Este encuentro no tiene nada de extraordinario; el emperador se pasea con frecuencia por su capital y siempre sin aparato.

No hay nada mas divertido para el viajero que recorrer solo las calles de una ciudad que no conoce, y perderse para ejercitar su inteligencia en salir á buen camino. En San Petersburgo no es posible perderse; grandes arterias le cortan en todos sentidos y los canales paralelos al Neva indican siempre al forastero cual es la direccion que debe seguir. Víctor Hugo quejándose con razon de la tendencia moderna de alinear demasiado las ciudades, decía que con el tiempo ofrecerian todo el encanto de un tablero de ajedrez; pero no sucede así en San Petersburgo, aunque en general, está bien alineado; los canales que le atraviesan, los edificios de estilo y altura diferentes que le perfilan en el horizonte hacen desaparecer lo que la línea recta tiene de demasiado árida.

Este país es hospita-



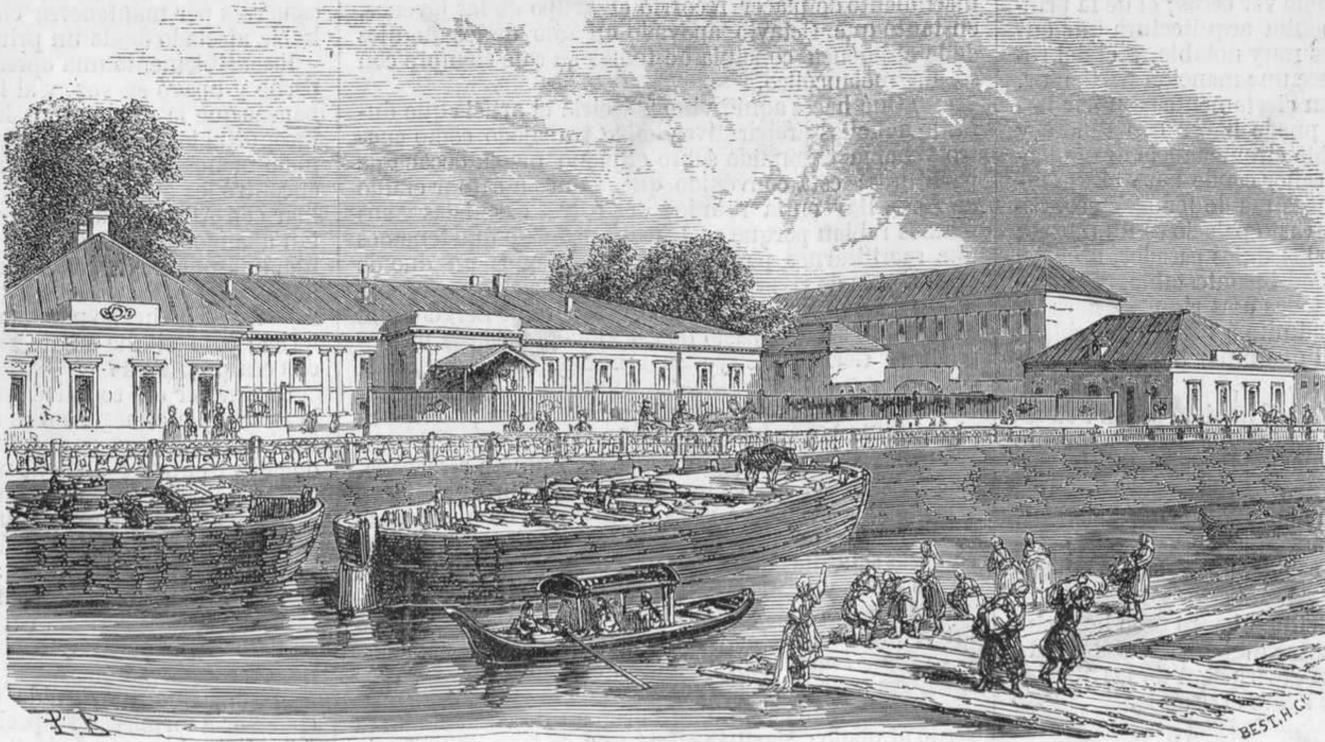
Celebracion de un matrimonio segun el rito griego en la iglesia de Kazan en San Petersburgo.

lario en alto grado, y por mi parte tengo motivos para decirlo. Sí; he visto esos palacios, he contemplado esas riquezas y aun me queda en la vista como un deslumbramiento de mármoles preciosos, sobre todo de malaquita. He visto ricas telas, bronceos suntuosos, muebles magníficos, pero puede perdonarse á un pintor que haya fijado su atencion principalmente en los cuadros y en las obras de arte. La Ermita ofrece en este género riquezas inapreciables: hay treinta y siete lienzos de Rembrandt y casi todos de primer orden. Además están representados allí por obras superiores Ruisdael, Terburg, Gerardo Dow, Tenies, Rubens, Van-Dyck; y todos los maestros célebres de las escuelas flamenca y holandesa. Las escuelas italiana, española, alemana y francesa tienen igualmente preciosas muestras, obras capitales, y todo ello está dispuesto con gusto en salones

peya ha guardado en la tierra durante tantos años: se ven coronas con follaje de oro de un trabajo tan delicado que tiemblan al menor movimiento que se hace en el suelo con los piés; hay tambien una careta de oro destinada á cubrir el rostro del cadáver de uno de los antiguos reyes del Quersoneso Taurico.

Otro monumento se inauguró en lo mas fuerte de la guerra que es sin contradiccion el mas bello ornato del fresco jardin de Estío; es la estatua elevada al fabulista ruso Kryloff. La figura está bien plantada y es de una ejecucion magistral; el pedestal es una obra de imaginacion. El artista, de Klott, tuvo la feliz idea de agrupar todos los animales que figuran en las fábulas del poeta y en la actitud que este les dió.

En medio de la perspectiva Newsky á la derecha, se eleva la iglesia de Kasan, una de las mas espléndidas de San Petersburgo. Una serie circular de columnas como la de San Pedro de Roma, aunque en una escala reducida, adelanta sus dos brazos sobre una plaza de vasta dimension. Las estatuas de bronce de dos de los generales que han hecho honor á las armas rusas, sirven de centinelas á ese templo venerado. El interior está adornado con las banderas tomadas al enemigo y las llaves de pueblos conquistados. Una tarde al anochecer, un movimiento inusitado de carruajes cerca del pórtico llamó mi atencion; seguí á la elegante muchedumbre y vi que se trataba del casamiento del joven príncipe *** con la señorita ***. Difícil me sería describir esta ceremonia que en nada se parece á la que vemos en nuestras iglesias católicas.



Casa Tall, habitacion del conde Orloff sobre el canal del Moika, en San Petersburgo.

Lo que pude notar es que los novios así como los asistentes están de pié, pues no hay asientos en las iglesias del rito griego. Las Escrituras Sagradas se colocan sobre un atril enfrente y á bastante distancia del altar, que se halla abierto. Durante la misa en el momento de la consagración está cerrado; pero no se dice misa para el matrimonio que regularmente se celebra de noche. — Delante del atril pasa casi toda la ceremonia á la que no asisten los padres de la mujer. Los nuevos esposos están acompañados cada cual de su padrino que se pone detrás; hay también una madrina á quien no he visto llenar función ninguna. La lengua sagrada es la lengua eslava, de modo que en eslavo se pronuncian todas las palabras sacramentales; por mi parte comprendí lo mismo que si las hubieran pronunciado en ruso. Poco antes de concluirse la ceremonia, que es bastante larga, se da una vela encendida á cada uno de los casados, el sacerdote coloca la mano derecha de la esposa en la mano derecha del marido, y luego poniendo él la suya en las manos enlazadas, los lleva tres veces al rededor del reclinatorio seguidos de los padrinos que sostienen cada uno una corona de plata ricamente cincelada sobre su cabeza, sin tocarla. Durante casi todo el tiempo un coro compuesto de bajos admirables y de niños de coro, responde á la salmodia del sacerdote. Estos cánticos, graves como todos los cantos de iglesia son de una melancolía deliciosa y no pueden oírse sin emoción. Cuando se concluye el casamiento, los nuevos esposos van á prosternarse ante las imágenes de la Virgen y de Jesucristo pintadas sobre el tabique que separa el altar del resto de la iglesia; la mujer está sostenida por debajo de los brazos por dos de los presentes que llaman— el padre sentado y la madre sentada— y que representan los padres de la esposa que se quedan en casa llorando la ausencia de su hija. Ella tiene siempre los ojos alzados al cielo como pidiendo socorro á Dios en ese momento tan decisivo de la vida de las mujeres.

Muchos palacios he nombrado, y sin embargo me faltan bastantes para acabar la lista de ellos. He tenido ocasión de ver el de la gran duquesa María, hermana del emperador y viuda del duque de Leuchtenberg, pero no voy á enumerar las riquezas que encierra, pues sería el cuento de no concluir nunca. Dos cosas entre otras llamaron mi atención: el recuerdo religioso con que conservan el aposento privado del príncipe difunto tal como estaba en la época de su muerte, y el retrato de la hermosa dueña de esa residencia magnífica.

El palacio del gran duque Miguel es notable por su extensión y por sus bellos jardines que forman uno de los lados del Campo de Marte del que están separados por un canal; al lado se halla el palacio Pablo donde murió el emperador de este nombre. Este edificio se halla enteramente rodeado de canales y el jardín de poca extensión, se halla abierto á todo el mundo.

Los cuarteles son soberbios en San Petersburgo; el de Preobajensky es un verdadero palacio, y lo mismo puede decirse del que da frente al Jardín de estío y forma el cuarto lado del Campo de Marte; el cuartel de caballería de la guardia, recién construido, es muy grande y de estilo italiano. A este último monumento está unida una iglesia donde me sorprendió ver sacristanes vestidos de soldados; después he notado lo mismo en otras, y esto proviene de que esas iglesias pertenecen á regimientos del ejército.

Con bastante frecuencia me paseo por el bazar *Gastina Dvor*, donde pueden admirarse esas botas y esas babuchas tan artísticamente adornadas así como esas telas de dibujos de cachemiras que los elegantes buscan en París para hacerse batas. Hay allí obras maestras de paciencia y bordados inimitables.

Las casas particulares no ceden en nada á los palacios de los príncipes; ya he hablado del palacio Youssouppoff á propósito de la fiesta que la princesa dió en él hace poco tiempo; después he podido ver otros; el de la princesa Cotehou-Bey de una bonita arquitectura que encierra una galería de cuadros muy notable, y el del señor conde Lazareff que merece una mención particular. Con mucho dinero se pueden ciertamente adquirir bellas cosas; pero ¿qué no se puede hacer con dinero y con gusto? Gracias á esta doble circunstancia de opulencia y de talento artístico, el señor conde Lazareff ha logrado reunir tantas obras maestras de todo género. Cada uno de los salones de ese vasto palacio es un museo: pintura antigua, muebles de los siglos pasados, alhajas, todo es allí de una autenticidad incontestable, y la cortesía con que el poseedor de todas esas riquezas hace los honores á los forasteros que admite á visitarlas, dobla el placer que se experimenta al examinar tantas preciosidades.

El palacio que el conde Orloff habita en San Petersburgo, se llama la casa Tall. Este edificio situado sobre el canal del Mõika, tiene una fachada alegre de aspecto, pero no imponente; por dentro es digno del personaje que le ocupa. En cuanto al palacio Voronzoff-Dachkoff, habitado por la embajada francesa, su fisonomía exterior no parece anunciar los esplendores que se encuentran en él interiormente.

Esta carta es bien larga, y sin embargo poco he dicho aun de San Petersburgo; dentro de pocos días mandaré otra sobre lo mismo, con una descripción de las preciosas cercanías de la ciudad de Pedro el Grande.

P. B.

GERIFALTE.

Por CARLOS DE BERNARD.

(Continuacion.)

Las costumbres provincianas han perdido casi enteramente su fisonomía, y un gran salón es el mismo por todas partes. Sin embargo, en el campo hay una excepción: allí las necesidades de vecindad imponen una mezcla á la que no siempre puede sustraerse la dueña de casa mas exclusiva. La gente que se hallaba en el palacio ofrecia en aquel instante el ejemplo de una de esas reuniones heterogéneas en las que una duquesa puede tener á su derecha un alcalde de pueblo.

Las frecuentes relaciones del baron de Bergenheim con muchos maestros herreros de las cercanías, que eran los que ordinariamente le compraban la leña, habian establecido entre ellos un conocimiento de pura urbanidad, aunque un poco fria por parte de aquellos señores, pues hoy las personas de la clase industrial observan respecto de las que envidian como clases privilegiadas una conducta desconfiada y como desdeñosa. Pronto la señora de Bergenheim hubo de descubrir entre sus vecinos campestres esos síntomas de altanería envidiosa siempre dispuesta á darse por ofendida y nada propia para hacer agradable una función cualquiera. Así habia tomado el partido de reunir por invitaciones generales á las personas que estaba obligada á recibir para desembarazarse de una vez de un enojo sin compensación. Aquel día la baronesa cumplía este deber indispensable.

En medio de aquellas señoras cargadas de adornos sin elegancia, de aquellas señoritas robustas, de gruesos brazos con matices de color de rosa y de piés en forma de planchas; en medio de aquellos señores preponderantes, ahogados en sus corbatas blancas y reventando en sus casacas negras, Gerifalte, cuyo sistema nervioso se hallaba ya bastante excitado por el descalabro de la víspera, se sintió dominado por un mal humor invencible. En la mesa se halló colocado entre dos mujeres que parecia habian agotado en sus prendidos todos cuantos colores se conocen y cuya coquetería respectiva se hallaba mas excitada por la vecindad del escritor famoso. Pero sus zalamerías se perdieron todas; el que era objeto de ellas se portó con una indiferencia que afortunadamente pasó por romántica melancolía.

Excepto el saludo de entrada Octavio no concedió á la señora de Bergenheim ni una sola señal de atención. Con el aire frio, aburrido y desdeñoso gastaba su paciencia en las diversiones de aquel día y aun abusaba del privilegio de humor caprichoso que se concede á los hombres de un talento incontestable.

Clemencia por el contrario parecia mas amable y alegre que nunca. No hubo uno de sus convidados á quien no dirigiese algunas palabras afectuosas, ni una de aquellas mujeres vulgares con quien no se mostrara afable y servicial; habriase dicho que experimentaba un deseo particular de presentarse aquel día mas seductora aun que de costumbre y que el aire sombrío de su amante aumentaba su buen humor, enardecia su espíritu, despertaba en fin su antigua coquetería.

Después de la comida se entró en el salón donde sacaron el café. Una lluvia repentina que resonaba fuertemente en las vidrieras hacia impracticable todo proyecto de diversion al aire libre. Gerifalte advirtió en breve que estaban en colozojo animado la señora de Bergenheim apurada para divertir á sus huéspedes en lo restante de la tarde, y Marillac que con su familiaridad acostumbrada se habia hecho su maestro de ceremonias.

Un momento después se abrió la puerta del salón y un piano enorme que traian entre cuatro lacayos fué instalado cerca de las ventanas. Al descubrirle un estremecimiento de placer recorrió el grupo de las jóvenes, en tanto que Octavio apoyado en uno de los ángulos de la chimenea concluía de tomar su café siempre con su aire melancólico.

— ¿Qué haces aquí? vino á decirle el artista que durante aquellos preparativos habia trabajado como cuatro y habia extendido sobre el piano media docena de partituras; está convenido que vamos á cantar el duo de *Mose*. Hay en la reunión dos ó tres colegialas y sus mamás rabian porque se luzcan, de modo que tenemos que sacrificarnos para animarlas. Además un duo de hombres es de rigor para abrir un concierto.

— ¡Un concierto! ¿Pero qué la señora de Bergenheim quiere que seamos pasto de ese ganado hasta la noche? exclamó Gerifalte cuyo mal humor iba llegando al colmo.

— Cinco ó seis piezas nada mas y luego principiará el baile. Ya tengo un compromiso con tu *diva*; si quieres una contradanza y no tienes un número reservado, te aconsejo que la pidas, pues andan por ahí cinco ó seis mozuelos con una prisa de todos los diablos... Después de nuestro duo cantaré el trio de la *Dama Blanca* con esas señoritas que tienen los ojos redondos como los de los peces y vestidos color de naranja...

— La señora desea hablaros, vino á decir un lacayo interrumpiendo al artista en medio de su frase.

— *Dolce soave amor*, cantaba entre dientes Marillac mientras obedecía á la invitación de la señora.

Colocado todo el mundo, la señora de Bergenheim se sentó al piano; Marillac eligió una de las partituras, la abrió sobre el atril, se plantó de modo que viera el auditorio el lado de su cabeza que él creía de mayor efecto en razon á su peinado, y lanzó una señal de intelligen-

cia á Gerifalte, siempre sombrío y aislado en el ángulo de la chimenea.

— Abusamos mucho de vuestra complacencia, caballero, dijo á este la señora de Bergenheim cuando se hubo acercado al piano, y mientras probaba algunos preludios alzó sobre él sus hermosos ojos. Era la primera mirada que le acordaba aquel día; pero fuese un acceso de coquetería, fuese que la tristeza de su amante hubiera ablandado su corazón, ó que por su parte experimentara un remordimiento por su billete de la víspera, se debe confesar que la expresión de aquella mirada no tenia nada de terrible.

Octavio se inclinó y pronunció algunas palabras de urbanidad, pero tan frias como si hubiese hablado á una mujer desesenta años, sin que sus ojos respondieran al rayo húmedo que tan suavemente les habia interrogado.

La señora de Bergenheim bajó la cabeza queriendo sonreirse con desden, y dió bruscamente el primer compás del duo.

Principió el concierto. Gerifalte tenia una voz de tenor pastosa y vibrante, y sabia conducirla hábilmente esquivando los pasos peligrosos, suprimiendo las dificultades que juzgaba superiores á su talento, cantando, en una palabra, con la prudencia de un aficionado que no puede consagrar cuatro horas cada día al estudio. Dijo su solo con una sencillez un poco afectada y sobre todo en el final se mostró muy avaro de notas.

Clemencia, por quien habia cantado repetidas veces con mas ardor, vió con despecho aquella indiferencia desdeñosa; la pareció que en su casa, en su salón, Octavio habria debido guardar otras consideraciones por ella, á pesar de su querrela particular, en una palabra, se sintió herida en los respetos que se la debian y á los que estaba acostumbrada por muchos homenajes anteriores. Apuntó, pues, esta nueva queja en el interminable libro por partida doble que una mujer consagra siempre al hombre que la hace la corte.

Marillac, por el contrario, agradeció muchísimo á su amigo aquella frialdad de ejecución, pues vió en ella una ocasión para brillar á sus expensas. La superioridad de Octavio era demasiado incontestable para que él dejase perder ninguna coyuntura por el estilo. Principió, pues, su solo *il ciel per sereno* con una tensión de la ríngie inusitada, acentuando tan enérgicamente como un calabrés y mugiendo sus notas graves como si hubiese cantado dentro de una cuba. Pero en fin la primera parte salió regularmente: llegado al final llenó de aire su pecho y se lanzó adelante como una furia majestuosa; las cuarenta primeras notas subieron y bajaron sin percauce, pero al cabo la respiración y la voz llegaron á faltar y la peligrosa vocalización se cortó cuando nadie lo esperaba.

— ¡Maldito final! exclamó el artista con el rostro mas encarnado que un tomate.

Lo restante del duo se acabó sin otro incidente, con gran satisfaccion general.

— Señora baronesa, el piano está medio tono mas bajo que el diapason, dijo Marillac, después de haber comparado el instrumento regulador con el de la del teclado.

— Es cierto, respondió Clemencia sin poder contener una sonrisa; yo tengo tan poca voz que pongo mi piano para ella. Bien podeis perdonarme mi egoísmo, pues habeis cantado como un ángel.

Marillac se inclinó casi consolado con la lisonja.

— ¿Puedo seros útil aun? preguntó Gerifalte dirigiéndose á la señora de Bergenheim con la mas fria de todas las sonrisas.

— Temería abusar de vuestra amabilidad, caballero, respondió ella con una voz en que se traducía un descontento secreto.

El poeta la saludó silenciosamente y se retiró.

Clemencia entonces, instada por la reunión, cantó una cancioncilla con mas gusto que brille, con mas método que expresión. Parecia que la frialdad de Octavio ejercia un influjo directo sobre ella, á pesar de sus esfuerzos por mantenerse en el estado de alegría que habia afectado desde un principio.

Insensiblemente una opresión singular comprimió su pecho y apagó su voz, y al finalizar los aplausos y alabanzas que la prodigaron, la parecieron de todo punto insoportables. Aunque indignándose de su flaqueza, no pudo ménos de echar una mirada á Octavio, pero no encontró los ojos de su amante entonces ocupado en hablar con Alina. En aquel momento se encontró tan sola, tan abandonada por aquella mirada única que no obtenia, que una lágrima de despecho rodó por sus mejillas.

— Acaso he hecho mal en escribirle así, dijo en su interior; pero si me amara ¿se resignaria á obedecerme con esa prontitud?

Una mujer en sociedad se asemeja al soldado sobre la brecha; la abnegación es el primero de sus deberes; sean cuales fueren sus padecimientos, debe mostrar al dolor la frente serena que presenta el guerrero al peligro, y caer si es preciso, allí, con la muerte en el corazón y en los labios la sonrisa.

Para obedecer á esta ley del mundo la señora de Bergenheim se volvió al piano al cabo de una corta interrupción, á fin de acompañar á las tres ó cuatro señoritas que, según costumbre, improvisaron cada cual á su turno la canción que han estado aprendiendo seis meses.

Marillac que por medida de prudencia habia ido al comedor á fortalecer su pecho con una copita de licor, reparó en el terceto de la *Dama Blanca* su pequeño descalabro. En fin, para cerrar aquel concierto, Alina fué llevada al piano por su hermano, gran admirador de su talento. La pobre niña que habia perdido su firme-

za, cantó con una vocecilla fresca, trémula y un poco falsa un aria de su colegio, revisada y corregida por las maestras. La palabra amor estaba reemplazada en el verso con la de amistad, y para reparar la ligera falta de prosodia, la sílaba superabundante se abreviaba de un modo que habria erizado los cabellos de la peluca rubia de Boileau. Pero el colegio del Sagrado Corazon tiene un sistema de versificación aparte, en el cual ántes de dejar pasar una expresion peligrosa, la virtud reterce el pescuezo á la poesía.

Concluido el concierto principi6 el baile y Gerifalte invitó á la jóven Alina. Sea que quisiera combatir su mal humor, sea por un efecto de la bondad de alma que comprende las emociones de los demás y simpatiza con ellos, lo cierto es que hablaba con el mayor afecto á la niña, palpitante todavía con su triunfo.

Entre todos sus talentos, Octavio poseía en un grado eminente el arte de modular su conversacion segun la posición, la edad ó el carácter de sus interlocutores y fines que se proponía. Diferente en esto de la mayor parte de los artistas que no pueden desprenderse en sociedad de sus preocupaciones particulares, conservando siempre una individualidad por lo comun mas ex-céntrica que elegante, era en un salon hombre de salon ante todo. Profundo con las personas formales, de una soltura sin igual entre los hombres de vida alegre, cortés como un caballero de otros tiempos con las dueñas, alternativamente insinuante, galanteador, ó irónico con las bellas, poseía para las doncellitas una especie de lenguaje reservado y cándido que no habria podido ménos de aprobar la mas austera de las madres. El poeta ligeramente inmoral, el dramaturgo que zurcía sus piezas con crímenes y adulterios, hablaba en esas ocasiones palabritas dulces y santas si eran menester, que saboreaban sin la menor extrañeza las mas lindas inocentes de quince años.

Alina escuchaba con un placer que no trataba de disminuir las palabras de Gerifalte; la elasticidad de sus pásoos en la danza, una especie de estremecimiento general que la hacia parecer á una flor columpiada por la brisa, la poesía que una emocion interior comunicaba á la gracia sencilla de sus actitudes, revelaban el encanto que hechizaba su alma en aquella conferencia. Sus ojos cada vez que tropezaban con la mirada penetrante de Octavio se bajaban por un instinto de pudor, pero en esos instantes su brillo parecia aumentarse bajo sus párpados entreabiertos. Cada palabra, aun la mas indiferente, resonaba en sus oídos suave y melodiosa; cada contacto de mano la parecia una presion significativa. ¡A diez y seis años el sexo es un cómplice tan poderoso de todos los sentimientos que surgen en el corazón de una niña! En ese período de la adolescencia un vago deseo, un presentimiento confuso de la realidad de la vida, una atraccion invencible hacia el iman ignorado, prestan á veces á las mas ingenuas de esas criaturas algo de la embriaguez de Erígona.

Al notar el brillo con que cada palabra salida de su boca embellecia aquella rosa fresca é inocente, Gerifalte experimentó un sentimiento involuntario de melancolía.

— Esta me amaría, dijo para sí, como yo quiero ser amado, con toda su alma, con todo su pensamiento, con todo su deseo. Seria yo para ella la llama que abraza y el sol que fecundiza; se arrodillaria delante de mi amor como delante de un altar en tanto que esa coqueta...

Al decir esto se volvió hacia la señora de Bergenheim y la vió clavándole los ojos; la mirada que recibió fué rápida, imperativa; significaba claramente: Os prohibo que habléis de esa manera.

Pero en aquel momento Octavio no se hallaba dispuesto á la obediencia; dirigiendo sus ojos hacia los otros bailarines, como si el acaso nada mas le hubiera hecho encontrarse con Clemencia, se volvió hacia Alina y continuó sus discursos mas afable quenunca.

Un instante despues recibió no ya directamente sino por medio del espejo, ese indiscreto confidente, una segunda mirada mas sombría y mas amenazadora que la primera.

— Muy bien, dijo acompañando á la jóven á su asiento, estamos celosa. Esto cambia de asunto; ahora sé cual es la parte débil de la fortaleza.

Ningun otro incidente ocurrió en lo restante del dia; los convidados se marcharon al caer la tarde y por la noche la sociedad se encontró reducida á las personas que habitaban el palacio. Octavio al entrar en su cuarto despues de la cena tarareaba un motivo italiano con un aire de buen humor que sorprendió mucho á su amigo.

— No puedo comprender tu conducta, le dijo este; has estado todo el dia sombrío y satánico como el caballero Bertran, y ahora estás mas alegre que Falstaff; ¿habeis hecho las paces?

— Méenos que nunca.

— ¿Y esto te alegra?

— Muchoísimo.

— Digo lo que ántes, no comprendo.

— Mira; como mis buenos sentimientos no me conducen á nada, quiero portarme en adelante lo peor que pueda para obligar á esa criatura caprichosa á que me idolatre.

— ¡Diablo! plan maquiavélico. En fin, es un sistema como otro cualquiera. ¡Las mujeres son tan raras! Ya te acordarás de Paulina, aquella jóven esposa del escribano á quien tuve la dicha de agrandar el año último, ¿pues sabes á lo que debí sus buenas gracias? No fué á ninguna de mis muchas cualidades morales, intelectuales y físicas, sino á un bastonazo.

— ¡A un bastonazo!

— Sí, yendo una vez con ella por el boulevard sacudí un buen golpe á un individuo que me pareció nos miraba con mal ojo; ella me confesó despues que esto la llegó al corazón... ¡Oh, mujeres!... sexo pérfido!... Pero en fin, volviendo á la tuya, ¿porqué la haces padecer si crees que te ama?

— ¿Porqué? Porque sin duda así lo quiere ella. ¿Te imaginas que me gozo en atormentarla, que experimento un gran placer al descubrir en sus mejillas la palidez del insomnio y en sus ojos señales de lágrimas? No, no, la amo y sufro al ver que sufre, pero la amo, y si no me deja abierto para llegar á ella mas que un camino sembrado de espinas y de piedras agudas, ¿debo retroceder porque arrastrándola conmigo puedo lastimar sus piés encantadores? ¡Ah! ya los curaré con mis besos.

— En suma, es como la mujer de Sganarelle, que queria palos.

— Todo es grotesco para tí.

— Amigo mio, yo no estoy enamorado, soy artista, y como tal veo todas las cosas. Pero tú, en tu calidad de amante dócil, ¿estás decidido á obedecer? ¿darás palos?

— Moralmente.

— Al cabo y al fin tienes razon. La ciencia del amor se parece á esos viejos rótulos en los que se lee: *Aquí se peina al gusto del parroquiano*. Si el gusto de tu ama es que la arranquen los cabellos, péinala á su gusto.

XIII.

¡El matrimonio! ¡Magnífica invencion! ha dicho Rabelais. Entre tantos otros fenómenos como aquí se observan, hay un hecho admirable y es el aplomo con que la mayor parte de los hombres entran de golpe en el santuario. Al verlos se diria que hacen una mujer feliz y recibir de ella la felicidad propia es la cosa mas fácil del mundo, cuando es por el contrario un doble y bien terrible problema.

No se trata aquí de esas uniones en las cuales se lee á primera vista: *Fatalidad*, ni de esos caballeros de Moncada que se envilecen por pagar sus deudas, ni de esos viejos caducos, venerables y celosos que como Ruy Blas dan una mano á la hermosa novia y otra á la Muerte, en suma, no se trata de esos enlaces disparatados en cuanto á edad, posición, educacion y fortuna, gérmenes infalibles de discordia y de calamidad; teniendo que pintar una de esas alianzas que á las ventajas deseadas por lo comun reunen además condiciones de felicidad muy especiales, una de esas alianzas nombradas entre todas las demás y á título de honor, boda de conveniencia, no nos ocuparemos para hacer comprender mejor este cuadro particular, sino de la clase á que pertenece, clase elegida y privilegiada.

Ahora bien, aun en esa categoria selecta que parece colocada bajo una proteccion divina, ¡cuántos escollos hay! Seamos justos; cuando el buque conyugal zozobra, los hombres son comunmente causa del naufragio, porque no comprenden que el matrimonio es una ciencia tan difícil como el arte náutico, y no ménos necesaria cuando uno quiere aventurarse en un océano mas fecundo en peligros que el del Cabo de las tempestades.

De diez hombres apénas hay uno que sepa casarse. Es de advertir que no se trata aquí de la cuestion de interés en la cual, por el contrario, casi todos se muestran grandes maestros en avaricia y en cálculo. Entendamos por ciencia ese espíritu de acierto, ese sentido claro, esa experiencia de la vida que en todas las cosas dan á conocer el punto preciso y la hora favorable.

En la sociedad una parte de los hombres se casa demasiado pronto, otra parte mayor demasiado tarde, y una corta y afortunada porcion en tiempo oportuno.

El primer grupo, que pertenece principalmente á las provincias, se compone de esos mozalvetes, hijos de familia por excelencia que los padres desean establecer lo mas pronto posible. Uno es el único varón de la familia y se desea que perpetúe su raza; otro tiene una madre virtuosa de profesion que teme para su pimpollo el soplo envenenado del siglo y busca un nido en donde cobijarle al abrigo de las borrascas. A todos les asisten una multitud de razones tan buenas como prudentes. Se averigua pues, á veces con mucho adelanto, donde se esconde una jóven cuya fortuna y posición social realicen las pretensiones de la casa. En cuanto al carácter, el talento y el alma, de esto nadie se acuerda, y ¿para qué acordarse? ¿Acaso todas las señoritas, aun aquellas que durante su infancia fueron proclamadas por sus madres verdaderos demonios, no se vuelven de repente á los quince años modelos de orden y de razon, fenómenos de bondad y de dulzura?

— Es verdad que era un poco viva cuando pequeña, pero ¡ha cambiado tanto!... es singular como se ha formado su carácter... y luego quiere tanto á su padre, á su madre, á sus hermanos!... ¿Cómo suponer que no adorará á su marido?...

Así pues, cuando el consejo de familia ha encontrado una heredera segun las condiciones del programa, principia por seducir al jovencito. Debemos reconocer que la juventud actual muy razonable y positiva, es bastante fácil de domesticar sobre el punto de los casamientos de conveniencia. Con tal de que la futura no tenga la nariz torcida, los brazos demasiado encarnados ó la señal de las viruelas, y á veces á pesar de alguna de estas desgracias, el negocio, pues un negocio es, se concluye sin dificultad ninguna. Se estipulan por ambas partes los convenios de interés, con la atencion mas escrupulosa, aunque con formas delicadas. Las bodas son brillantes,

los regalos soberbios, los procederes recíprocos son del mejor gusto. Se none la casa para los jóvenes, en los carruajes se reúnen los dos escudos cuando hay escudos y carruajes, y luego cuando todo está legal y religiosamente consumado, se desea para los esposos lo que Isaac deseaba para Jacob, la grasa de la tierra y el rocío del cielo. De este modo lanzan sobre el mar de la vida á la interesante pareja, en tanto que una voz paternal murmura á los oídos del marido algo que quiere decir: Ahora navega como puedas.

Pero ¿cómo exigir de un jóven que no sabe de la vida sino lo poco que le han dejado ver la prudencia y la vigilancia de sus padres, que se encuentre de repente, por la gracia de Dios, á la altura de un papel que ignora desde la primera sílaba? Toda ciencia quiere un aprendizaje, y las mujeres para quien no las estudió muy jóven, son algo mas difíciles de comprender que el sanscrito y el hebreo.

Hay jóvenes virtuosos que al casarse llevan la flor de la inocencia. Estos se entusiasman de tal modo con las alegrías y delicias de su nuevo estado, que la vida es para ellos una fuente perenne de embriaguez y de delirio. Cuando para colmo de desgracia — desgracia apetejada, dirá el lector quizá — los padres les otorgaron una criatura encantadora dispuesta á utilizar el poderío de sus hechizos, en la primera semana se encuentran ligados y agarrotados á los piés del bonito déspota que los esclaviza.

Otros por el contrario, sobre todo aquellos que se llevaron las narices torcidas, los brazos colorados y las pecas de viruelas, inauguran el dia de sus bodas la era de una emancipacion deseada largo tiempo. Hay en la naturaleza masculina no sé qué sustancia maligna que ha de fermentar tarde ó temprano. Parecida al gas que chispea en el vino de Champaña, preciso es que ese vapor se exhale, que esa espuma salte para que el licor quede en calma, y cuando esa evaporacion no precedió al himeneo, es de temer que le siga.

Otros peligros esperan á los hombres que se casan demasiado tarde. Sin embargo, repetimos que no se trata aquí ni de Argantes ni de Casandros, sino que hablamos de futuros cuya edad no tenga nada que pueda dar un suño á la doncellita mas cándida. Se trata ménos de las canas de la cabeza que de las del espíritu, ménos de las arrugas de la frente que de las del alma.

Si hay jóvenes cuya existencia raquítica parece una anomalía extraña en nuestra época de desarrollo prematuro y de agitacion turbulenta, otros hay, en un crecido número, que gastan imprudentemente los mas preciosos tesoros de su vida. Sobre esos caminos peligrosos pero tan fáciles de andar, que alfombran las ricas flores de la juventud, ellos recogen á manos llenas sin mirar si no arrancan con las frutas de la primavera, los gérmenes que debían hacer al otoño un adorno ménos brillante, pero mas hermoso todavía. Así devoran su existencia el porvenir con el presente, y luego cuando han gastado toda la llama de su inteligencia, toda la pasion de su alma, si es que tienen alma é inteligencia, se detienen un dia hastiados de todo con el cerebro y el corazón vacíos.

Entonces llega esa edad viril que es el punto culminante de su existencia, la época en que el hombre deberia desplegar todo el lujo de su madurez, pero cuyo brillo y colores han ajado ya los excesos juveniles. En este momento ligeras señales de decadencia anuncian ese concierto de advertencias lúgubres, de amonestaciones sombrías, que cada año se repiten mas sonoras, mas amenazantes, mas espantosas, y cuyo último compás resuena sobre la lápida del sepulcro. Arrugas producidas por las pasiones mas que por el tiempo principian á surcar la frente que se ensancha conforme se caen los cabellos; segun la diferencia de las naturalezas, la cara se vacía insensiblemente como la de las medallas consulares, ó adquiere ese desarrollo singular que acaba por asemejar ciertas barbas á una pierna de elefante.

Cuando un hombre de la segunda juventud ha puesto el pié en ese terreno inclinado, síntomas involuntarios dan á conocer que acaba de descubrir un nuevo horizonte. Durante algun tiempo pasa revista todas las mañanas á la docena de hilillos plateados que principian por adornar cada una de sus sienas. Si se ve amenazado de una robustez ridícula, mide sus muñecas y su cintura como lord Byron, ó bien si se halla expuesto á la calamidad contraria, se enternece paternalmente cada vez que va de baile sobre la decadencia pronunciada de sus pantorrillas.

En ambos casos un soltero cae forzosamente en una meditacion filosófica que sepulta primeramente en lo mas recóndito de su corazón, pero que concluye por revelarse exteriormente. Ya se acaban aquellas fanfarfonadas de Lovelace que queria arrojar su escala de seda á todos los balcones, y aquel repertorio inagotable de chistes poco amenos con que todo mozalvete pretende asesinar á los maridos; ahora por el contrario, es un cañalismo de sentencias cuya razon inusitada sorprende á los amigos que todavía no han sentido el soplo del cólera conyugal; ahora se preconizan los encantos de un interior y la paz del hogar doméstico tan preferibles á la existencia vacía y agitada del mundo; la dulzura de hallar al entrar en casa un sér querido á quien poder confiar los dolores y las alegrías; la necesidad de reemplazar con nuevos lazos los que ha roto la muerte, de hacer que los goces de la paternidad sucedan á los cuidados de la ternura filial y otros axiomas á cual mas virtuosos, pero cuyo sentido verdadero es que el hombre conoce que envejece y sabe que ha llegado el tiempo de casarse.

(Se continuará.)

Monumento

ELEVADO Á LA MEMORIA DE TRESCIENTOS NUEVE FRANCESES MUERTOS PRISIONEROS EN PENNYCUICK-HOUSE, CERCA DE EDIMBURGO.

Una pequeña manifestacion de una naturaleza muy lisonjera para la Francia ha tenido lugar últimamente cerca de Edimburgo, por parte de un cierto número de militares que han vuelto de Crimea con un sentimiento de cordial simpatía por los soldados franceses, de cuyos trabajos y peligros han sido partícipes durante la última guerra. Hé aquí con que motivo se eligió la proximidad de Edimburgo por lugar de la escena:

En otra época de este siglo cuando algunos millares de franceses fueron hechos prisioneros en Escocia, el gobierno inglés no podía procurarse un sitio conveniente para guardarlos. En este apuro M. A. Cowan, rico fabricante de papeles, dispuso de sus inmensas construcciones en Pennycuick y las propuso al Estado que podía convertirlas en cárcel para 6,000 prisioneros de guerra. Durante tres años murieron allí trescientos nueve. El recuerdo de estos hombres, la época y el lugar de su captura, se han conservado en Valleyfield. Algunos años despues, cuando M. Cowan reclamó su propiedad y convirtió la cárcel en manufactura de papeles, pensó que era bueno pagar un tributo á la memoria de aquellos infelices muertos lejos de su patria, y en 1830 elevó á sus expensas un monumento cuyo grabado damos aquí. La inscripcion que le cubre está en inglés y en francés; hé aquí su traduccion:

« Cerca de este lugar reposan las cenizas de 309 prisioneros de guerra, muertos en las cercanias, entre el 21 de marzo de 1811 y el 26 de julio de 1814.

» Nacidos para bendecir los votos de sus [ancianas madres,

» Llamados por la suerte

» A ser amantes queridos, esposos y [padres,

» Han muerto desterrados.



Monumento elevado á la memoria de los prisioneros franceses en Pennycuick-house (Escocia).

» Muchos habitantes de esta parroquia, pensando que todos los hombres son hermanos, mandaron elevar este monumento el año de 1830.»

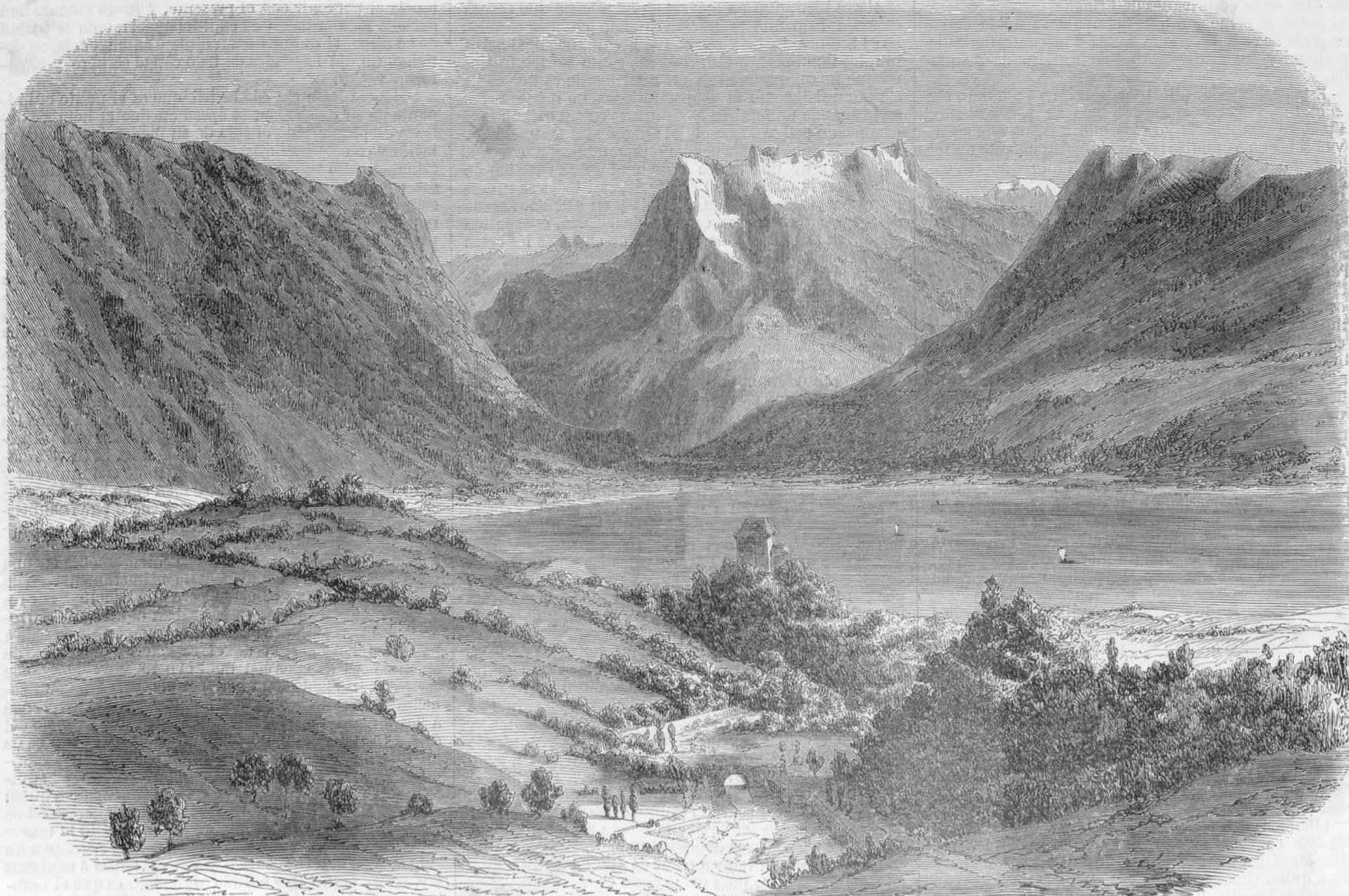
El monumento que estaba completamente terminado el 26 de junio de 1830, el mismo día de la muerte del rey Jorge IV, fué visitado en 1831 por el joven duque de Burdeos y una numerosa comitiva compuesta de desterrados de su patria y que vivian en Holyrood; todos manifestaron su gratitud por este homenaje á la memoria de sus desgraciados compatriotas.

Pennycuick-house donde está situado el monumento, es una aldea sin importancia á 9 millas Sur de Edimburgo. El camino que conduce de la ciudad á la aldea es muy pintoresco; un poco ántes de Pennycuick se ven las ruinas de un viejo castillo que fué habitado por María Stuart.

El valle de Champéry (Valais).

EL DIENTE DEL MEDIODÍA. — MONTHEY Y SUS PEÑASCOS ERRÁTICOS. — CHAMPERY. — LOS PANTALONES DE MUJERES Y LAS ELEGANTES DEL VALLE. — LOS PASOS DE LA MONTAÑA. — LOS ACCIDENTES. — NOTICIAS VARIAS.

Cuando se entra en Suiza por el camino que atraviesa el Jura de Moret á Ginebra despues de haber pasado la aldea de Rousses uno de los lugares mas tristes del mundo, donde la Francia ha establecido un puesto de aduaneros y ha elevado una inmensa fortaleza, se sigue durante algun tiempo una meseta cubierta de nieve la mayor parte del año. El paisaje es árido aun y no presenta otro interés que la vista de Dole con sus cumbres peladas sobre bosques sombríos de abetos; especie de observatorio elevado en la frontera de la Francia, desde el cual se distingue el magnífico panorama del lago de Ginebra y las montañas de Saboya, coronadas á lo lejos por la cúspide resplandeciente del Monte Blanco que se destaca en el horizonte. La diligencia cuando llega á



El Diente del Mediodía y la entrada del valle de Champéry (Valais).



Trajes del valle de Champery (Valais).

la extremidad de esa meseta se desvia ya á la derecha para pasar por Lavattay á Gex, ya á la izquierda para dirigirse por Saint-Cergue á Nyon á la orilla del lago hasta Ginebra. Ordinariamente se deja al amanecer la meseta entre Rousses y Dole para tomar la direccion de Saint-Cergue. Entónces se entra en un pequeño valle guarnecido de abetos, y cuya calma y frescura forman un contraste agradable con las escenas severas que acaban de admirarse. Si el cielo está despejado, á la extremidad de ese verde valle se distingue una montaña de cumbres escarpadas y nevadas, cuyas tintas azules se desvanecen en las claridades matutinas del horizonte. Las cuestas de las montañas á la salida del pequeño valle que sigue la diligencia le forman con los negros abetos un marco que hace parecer mas aérea aun la vaporosa aparicion. Todos los viajeros preguntan si es el Monte Blanco, pero les responden que no solo no es el Monte Blanco, sino que es una de las cumbres secundarias de los Alpes; que el Monte Blanco tiene cerca de 5,000 metros de elevacion en tanto que el *Diente del Mediodía*, que excita entónces la admiracion, solo tiene 3,000.

Despues de haber contemplado un instante de léjos este pico soberbio, al atravesar el valle que va á Saint-Cergue, se olvida en breve, porque la atencion se distrae con otros espectáculos. Pero los que se embarcan en el lago de Ginebra vuelven á verle al acercarse á Vevey, formando á la derecha de la entrada del Valais como una línea de bastiones que se destacan en el cielo. Sin embargo, visto de aquí no se presenta en toda su importancia; para contemplarle bajo uno de sus mejores aspectos lejanos hay que elevarse



Vista de las torres Saillières, cerca de Champery.

mas allá de Clarens sobre la meseta risueña y de una vegetacion tan poderosa que se extiende á la falda del Cubli. Allí á la sombra de uno de esos vigorosos nogales cuyo producto se eleva hasta media onza de oro en un buen año, la vista descubre un magnífico panorama sobre el Diente del Mediodía y sobre el lago de Ginebra. Damos aquí un dibujo tomado en ese punto en las cercanías de la aldea de Blonay. El palacio de construcción maciza que se eleva sobre el lago es el *Chatelard* reconstruido en el siglo XV.

Desde el punto en que aquí se figura el Diente del Mediodía presenta un lomo muy largo interrumpido por cinco promontorios puntiagudos. Cuando se va á Martigny se pasa á su falda, pero apenas se le distingue si no es por la extremidad que llaman el *Diente del Mediodía, de Bex*. De la cumbre de esa pirámide amenazadora cayó en 1835 un fragmento que arrastró consigo un pequeño ventisquero y dió nacimiento á un torrente de fango mezclado de piedras. Este torrente corrió hasta el fondo del valle llevando fragmentos de roca hasta de cien metros cúbicos que iban sobre guijarros mas pequeños y redondos sirviendo de rodillos. Llegó al Ródano y arrojó en él tanta piedra que cortó su corriente impetuosa.

Hace pocos años los conocimientos de los viajeros sobre el Diente del Mediodía, no pasaban de esa vista rápida que se descubre yendo en carruaje de Bex á San Mauricio. Nadie pensaba en explorar á lo largo de sus flancos el hermoso valle de *Illiez y de Champery* que por primera vez hemos visitado en su aspecto natural, aunque despues ha penetrado la civilizacion rápidamente. Hoy las bellezas de ese valle retirado

son mas apreciadas y mas conocidas de año en año.

El valle de Champéry es uno de los muchos valles laterales del Valais; está contra las montañas de la provincia de Chablais (Saboya) con la que comunica por varias gargantas; pero su gran vía de comunicación es con el Valais, y parte del pueblo de Monthey. Lo que ha podido contribuir á mantener el aislamiento de Illiez, es que Monthey, que da entrada al valle, está sobre la orilla izquierda del Ródano, en tanto que el camino seguido por los viajeros que van al Valais está en la orilla derecha. Para llegar á Monthey, deben una vez en San Mauricio volver un poco atrás. Los dos caminos principales que conducen directamente á Monthey son: el primero por el puente de Colombex dejando en Aguila el camino de la orilla derecha; el segundo (izquierda) que parte de Saint-Gingolph y del Boveret á la orilla del lago de Ginebra, y es el mas frecuentado por los del país. Hace veinticinco ó treinta años la llanura del Ródano desde el Boveret hasta San Mauricio, estaba cubierta de bosque y de aguas estancadas; ahora hay praderas, huertas y sembrado; en cuanto á los pantanos se suprimen con mas dificultad porque las inundaciones del Ródano se llevan las obras que se hacen.

El pueblecillo de Monthey, bien situado en el desembocadero de Illiez, en el valle grande del Ródano, debe al beneficio de su posición y á la industria de sus habitantes una prosperidad comprometida desgraciadamente por las revoluciones del Valais y la guerra del Sonderbund. El viajero encuentra aquí ya objetos dignos de interés. Puede subir por un camino á que dan sombra los nogales y los castaños hasta la aldea de Chouex cuya iglesia se distingue desde Monthey sobre una meseta aislada, y disfrutar por la tarde sobre la plataforma de la iglesia de la vista sobre el valle del Ródano y sobre los áridos picos de los diablerets que se doran de tonos encendidos cuando el sol se halla en el ocaso. Un poco mas arriba, en Combes, se goza de la calma de la soledad y de la vista del lago en lontananza. Despues bajando por un camino á la derecha del que se ha recorrido para subir, se visita el pequeño valle de Chouex, rincón retirado y apacible, á cuya extremidad las aguas del Vieze se precipitan entre dos rocas á pico que forman su cauce y limitan el camino por el que se baja á Monthey.

En las cercanías de este pueblo se pueden observar en grande escala las señales de un fenómeno geológico que desde hace veinte años ha ocupado mucho á los sabios el del transporte de las piedras erráticas; este fenómeno se halla ligado con la extensión de los ventisqueros sobre la llanura de la Suiza en una época antigua de la vida del globo; tal es la teoría admitida hoy por los hombres doctos, teoría establecida ya en 1813 por un pastor del Valais, Juan-Pedro Peraudin. — Algunas de las piedras de la banda errática cerca de Monthey han llamado mas particularmente la atención por su volumen y han merecido un nombre; citaremos entre otras la *Piedra de Marmettes* de 20,000 metros cúbicos sobre la cual se ha construido un pabellón rodeado de un jardín. Este peñasco desde el punto del valle de Ferret en donde se soltó ha debido andar once leguas, cuando ménos, ántes de llegar al sitio en que está hoy. Este fenómeno de las piedras erráticas de un gran volumen se encuentra por toda la Suiza; en el día se ha estudiado tan bien que los viajeros le presentan como una ley general por todo el globo cuando hay altas montañas cerca.

La distancia entre Monthey y Champéry es de unas tres leguas; pero en ciertos puntos la subida es rápida, pues en ese corto espacio el suelo se eleva unos 2,500 piés. Así se trata de hacer otro camino. Las personas que temen el cansancio de la marcha hallan en Monthey guías y mulas á precios fijados por la autoridad, y las que prefieren la excursión á pié se distraen de la fatiga por los puntos de vista tan pintorescos que cautivan su atención cuando van entrando por el valle. Al pasar las aldeas de Tres Torrentes y de Illiez, se ven alzarse las cuevas imponentes de ese Diente del Mediodía, que admirábamos de lejos al principio de este artículo y cuya falda vamos costeano. Las montañas secundarias que le sirven de contrafuertes se destacan ó se agrupan á sus piés; valles cuya existencia no se sospechaba aparecen sucesivamente. En lo alto rocas peladas y verticales, sombrías y áridas cortadas de montones de nieve, dibujan sus ondas sobre el azul del cielo ó desgarran las nubes que empuja allí el viento; en muchos puntos parecen vastas almenas desmanteladas, pero cuyos cimientos se conservan firmes. Otros promontorios igualmente ruinosos, otras rocas cortadas aquí y allá forman mas abajo como un muro de recinto complicado, sembrado de mil obstáculos. Luego algunos llanos de césped, algunos abetos aislados se secan y mueren cerca de esas altas regiones desoladas. Mas abajo aun los frondosos bosques de abetos sobreponiéndose sobre los flancos de la montaña parece que suben al asalto de esa ciudadela fantástica; las praderas principian á cubrir las cuevas que los bosques abrigan con la sombra, y desembocan en mesetas elevadas aun, pero donde ya las habitaciones rústicas se mezclan con los campos cultivados. Y á la falda de todas esas murallas, de todos esos promontorios, de todos esos bosques de esos mil planos inclinados corre y muge el Vieze en su cauce de peñascos. Ese conjunto vasto y magnífico, imposible para el pincel mas exacto y paciente, fué reproducido por M. Martens en unas hermosas fotografías expuestas en el palacio de la Industria. La multiplicidad de los objetos no nos ha permitido copiarlas aquí en las proporciones de nuestros grabados; pero damos por un croquis del mismo artista una vista de las cuevas de la montaña, de la abertura por donde se penetra en el alto valle de Sofan-

ze que se extiende entre el Diente del Mediodía y la torre Sailliere con sus picos agudos cubiertos de nieve.

La ascension del Diente del Mediodía se hizo por primera vez en 1784 por un sacerdote del pueblo de Champéry llamado Clemente. Ahora se repite con bastante frecuencia. Saliendo de Champéry á las tres ó las cuatro de la mañana se puede estar de vuelta doce horas despues. Se hace un alto en la casita rústica de Bonnavaux que está á dos horas de marcha de Champéry. Un paso sobre los precipicios del Vieze que presentaba alguna dificultad (el Paso de Ancelle) ha sido mejorado. Volviendo á la derecha en el valle de Sozanfe se principia la ascension del Diente del Mediodía. No se hace por el antiguo camino al borde de un derrumbadero; los guías atraviesan y costean el barranco á la derecha. Un admirable panorama recompensa de sus fatigas al viajero que llega á lo alto de ese observatorio. Desde allí descubre los ventisqueros del Valais y de las cercanías del Monte Rosa por una parte y por la otra el Monte Blanco y esa multitud de altos picos que le hacen como un cortejo de honor.

A la entrada del valle una montaña cuya cumbre aislada se eleva sobre San Mauricio, ofrece á los viajeros una vista extensa y un puesto muy propio para contemplar de cerca las formidables cuevas del Diente del Mediodía. Un día sobre lo alto de esa montaña nos sorprendió una violenta tempestad y tuvimos la suerte de hallar un abrigo en una casita ocupada por dos mujeres que nuestro guía conocia á poca distancia. Nos hicieron el mejor recibimiento; su traje era muy singular y su aire de los ménos seductores. Llevaban la cabeza cubierta con ese sombrero de Valais que nace y muere con la que le usa; un chaleco de paño tosco cubria lo alto de su cuerpo, y un pantalon ó mas bien un calzon de la misma tela, cubria hasta la mitad sus piernas que estaban desnudas. En los piés llevaban zuecos atados con correas, calzado propio para atravesar el fango líquido de su establo del que se veian manchas en todo el vestido. Esas pobres y repugnantes criaturas eran mujeres, segun decian; eran pastoras, pero no habia allí el menor pretexto al idilio ni á la bucólica. Por lo demás el uso del pantalon es muy corriente entre las mujeres del valle; y en efecto, debiendo atravesar la yerba mojada, las nieves y los barrancos, se concibe que ese traje masculino es mas cómodo para ellas que la basquiña ordinaria. Paseándose por las cercanías de Champéry suelen hallarse mujeres que llevan en la cabeza un pañuelo encarnado y un sombrero de paja, y luego un estrecho corpiño y un ancho pantalon; algunas — estas son las elegantes — llevan colgadas á un lado la pipa y la bolsa del tabaco.

En el valle de Illiez los dos sexos apenas se reunen sino cuando se trata de una boda ó de un bautismo. Los domingos y los días de fiesta las mujeres tienen en la plaza de la aldea un puesto reservado, así como los ancianos, y en tanto que fuman gravemente los jóvenes se entregan al placer del baile ó á diferentes juegos y ejercicios, y las mujeres son los jueces de la destreza, el vigor y la ligereza de los jóvenes concurrentes: « areópago femenino, nos decia el maestro de escuela de Champéry que recuerda las cartas de amor en tiempo de los torneos de la edad media. » Lo que nos dió á conocer que la literatura ha penetrado hasta esos valles retirados que los viajeros miraban hace poco como guirridas de salvajes. Nadie se aventura en esos sitios temiendo que tendria que dormir sobre yerba seca — *requiescere noctem fronde super viridi* — y que los únicos recursos en comida eran castañas y cuajada:

Castaneæ molles et pressi copia lactis.

Léjos de eso en el fondo del valle de Illiez, en la aldea de Champéry hay una buena posada donde halla el viajero todas las comodidades apetecibles.

Champéry, la aldea mas elevada del valle se encuentra en una situación muy pintoresca en medio de un circo de montañas dominadas por las magníficas cuevas del Diente del Mediodía que pueden admirarse desde los balcones de la fonda. De diferentes puntos allí cerca hay hermosas vistas sobre el valle. A una legua de Champéry, en Ayerno, además del atractivo de las hermosas perspectivas, se visita un olmo de una corpulencia colosal. Desde el sitio llamado la Cruz del Cullet (dos leguas de camino) puede el viajero darse cuenta de la estructura del Diente del Mediodía y de las montañas próximas, y en una dirección opuesta se tiene una vista extensa sobre el valle del Monte Riond y su lago verde donde se crian tan ricas truchas y por último sobre las montañas del Chablais.

Una fuente de agua sulfurosa que se acaba de descubrir á una legua de Champéry y que quieren llevar al lado de los baños de agua natural de la fonda dará quizás á Champéry mas fama y boga. Un establecimiento de agua mineral es en nuestros días el último término de la prosperidad de una localidad perdida en las montañas.

El valle de Champéry está contra otro valle mucho mas aislado todavía y que solo desde hace algunos años tiene una fonda decente para recibir á los viajeros. Este valle al que hemos consagrado un artículo en este periódico (véase el n.º 48) es el valle de Sixt y pertenece á la Saboya. Se encuentra dominado por el Buet, como el valle de Champéry lo está por el Diente del Mediodía. Estos dos valles tan interesantes comunican directamente por pasos que exigen cierto hábito para atravesarlos. El uno es por el valle de Sozanfe de que hemos hablado ya y por la garganta de Chasseroz; el otro es el del monte de Barma mas conocido con el nombre de la Goleta. Se sigue el fondo de la garganta de Barma hasta

la montaña de Loex-Bruna que hay que subir para evitar los precipicios del mismo no abre y los de Beruaz; luego se atraviesa la estrecha abertura de la roca de Bedaz, y por una especie de chimenea se baja cerca del lago de Vaugelaz, y de allí á la Herradura, de donde dista muy poco el valle de Sixt. Nadie debe aventurarse sin guía en esta caminata; un joven botánico que se empeñó en hacerla solo en 1848 murió en los precipicios.

Los pasos de que acabamos de hablar son muy frecuentados por los contrabandistas de la Saboya. Los viajeros de gustos pacíficos pueden llegar á Sixt por Samoens atravesando las gargantas de Coux y de Goleze.

En el día son tantos los viajeros curiosos que se pasean por la Suiza y los Alpes que pensamos no estarán demás aquí algunas indicaciones poco conocidas. — De Champéry subiendo por la casa de Bonnavaux al valle de Sozanfe, al pié del Diente del Mediodía, se puede bajar por el valle del Mauvoisin á San Mauricio. Esta excursión es de cuatro leguas. Del valle de Sozanfe se puede igualmente llegar á Martigny por el valle de Sallanche y esta excursión es interesante y no ofrece peligro. — El precio de los guías es el siguiente: de Champéry al Diente del Mediodía, 10 fr.; á Sixt, por el Sageroux, 12 fr.; á Sixt, por la Goleta 10 fr.; á Sixt por las gargantas de Coux y de Goleze, 8 fr. — Nada diremos de los pasos de las gargantas que ponen en comunicación el valle de Illiez con los del Chablais, porque se obtienen con facilidad todas las noticias necesarias. En la proximidad de todos estos pasos, los viajeros pueden hallar en el verano un abrigo seguro sino cómodo en las lecherías diseminadas por las montañas.

J. DE P.

Revista de la Moda.

SUMARIO. — La elegancia en Dieppe. — Origen del steeple-chase. — Nueva Victoria de Franc-Picard. — Las modas de verano estaban todavía en Dieppe. — Trajes de caza. — El cazador sencillo y el cazador elegante. — Novedades de otoño. — El chinchilla y la lovetina. — Las mezclillas de seda. — Chalecos de felpilla de seda, de terciopelo epingé y de terciopelo de Crimea. — Descripción del figurín de este número.

La elegancia parisiense se parece á los pájaros viajeros que no se fijan en ninguna parte y que van donde les llaman el sol, la verdura y las flores. Para eso están los ferrocarriles que transportan al viajero con la rapidez del pensamiento. Por eso cuando hay carreras de caballos en las provincias, sea en Blois, sea en Dieppe, la elegancia acude como si se tratara de Versalles ó de Chantilly. El penúltimo domingo del mes de agosto la ciudad de Dieppe habia convidado á todo el mundo aristocrático y á todos los ociosos de la tierra á una gran solemnidad hípica. Tratábase de un steeple-chase, ó mejor dicho, de una carrera « au clocher, » que es en el siglo en que vivimos una carrera cruelmente homicida, cuya cuna fué la Irlanda, y que de allí pasó á Inglaterra y luego vino á Francia.

El primer steeple-chase parisiense tuvo lugar en la cruz de Bercy. Allí el señor conde de Vaublanc alcanzó una brillante victoria con su yegua May Fly que venció á un caballo perteneciente al duque de Orleans y á otros cuatro mas montados por celebridades en el ramo. El steeple-chase de Dieppe tenia otro atractivo poderoso para la elegancia parisiense; habíase dicho que sería el mejor de todo el año, y en efecto lo fué. Tuvó lugar en las praderas que se extienden de la antigua ciudadela suspendida sobre la roca á los lugares pintorescos del palacio de Arc. La afluencia era inmensa: mas de diez mil espectadores que acudieron de las cercanías se hallaban agrupados sobre la verde colina que limita el bonito caminito de Arques. Los zagalejos encarnados de las muchachas del país esmaltaban con sus colores el anfiteatro natural que domina las praderas de Dieppe y de Rouxmesnil, y en sus brillantes carruajes así como en las tribunas las mujeres elegantes y los bañistas aplaudieron la nueva victoria de Franc-Picard, pues este admirable caballo francés es el que ha ganado el premio de 7,000 francos. Las modas masculinas eran aun modas de verano, pues las actualidades de otoño no se mostrarán sino dentro de algunas semanas, despues de abierta la caza.

El traje de cazador preocupa mucho á los elegantes parisienses. ¿Cómo vestirse para ir de caza?... Hay el traje clásico y el traje de capricho, de modo que se elige segun el gusto y la posición de la persona. El traje de capricho es el preferido. Se hace muy elegante ó muy sencillo. Por traje sencillo se entiende el siguiente: — Levita muy confortable de paño verde, impermeable, cruzada sobre el pecho y cerrada hasta la escotadura mediante una doble hilera de cinco botones. El talle es largo, los faldones cortos sin vuelo, con bolsillos cubiertos con carteras á los lados. Mangas anchas con bocamangas. Chaleco de paño igual á la levita, muy largo formando faldeta y pudiéndose abotonar hasta arriba. Calzon de terciopelo rayado, con altas polainas de cuero. Sombrero de fieltro bronceado y guantes de castor.

El traje de cazador elegante se compone de una casaquilla de hermoso paño verde de corte ó bronce claro, con botones de plata oxidada con figuras alegóricas. El calzon es de piel muy elástico, color gris con botas de campana y fieltro Francisco I.

Sin embargo, se habla ya de algunas novedades de otoño. Se conocen las telas, pero todavía se ignoran las formas y los cortes nuevos. Se cree que los sobretodos conservarán la forma de los Raglan y que se harán de chinchilla. Hay

tambien otra tela muy en boga y es la « lovetina, » tejido del mismo género que el chinchilla, pero que no tiene revés y sirve por las dos caras.

Los cuadritos seguirán á la moda para todas las clases de la sociedad, ó muy finos y graciosos para un hombre con botas de charol y sombrero inglés, ó muy ordinarios para el vulgo.

Las mezcillitas de seda están muy en favor; es una idea distinguida que el capricho ha introducido en la fabricacion. Este efecto de seda se destaca no solo en relieve sobre el tejido, sino que le añade aun mucha solidez. Esta mezcilla servirá principalmente para los chalecos; así para los chalecos de mañana las mezcillitas de seda de tejido grueso, y estos chalecos tendrán solapas y cuello vuelto. Para chalecos de día y de paseo la moda anuncia las felpillas de seda que son muy seductoras, aunque hacen demasiado bulto. Su color es mas bien oscuro que vistoso. Hay felpillas lisas y otras de mezcla; estas son de pequeños y grandes cuadros formados por un filete cruzado sobre un fondo estampado; aquellas onduladas, de relieve ó sembradas de motas vistosas como si fueran pedrerías. Se proclama tambien la vuelta del terciopelo « epinglé » y el advenimiento del terciopelo de Crimea, que llaman terciopelo no sé por qué, pues parece un acolchado de crin.

Tales son los rumores que corren sobre las novedades del otoño. Pero ya que no tengo nada de positivo que apuntar aquí sobre la moda, pasaré á la descripción del figurín de este número. — Por lo demás, el mejor medio de decir la moda es reproducirla en varios tipos elegantes. Damos, pues, los trajes de los altos señores en sus posesiones de campo.

El primero de los dos trajes elegantes se compone de una pequeña levita de paño mezcilla forrada enteramente de seda aun sobre las solapas y el cuello; no tiene mas que una hilera de botones, y sobre el delantero en las entretelas y los forros hay tal flexibilidad, que nuestro gentileman la rechaza sobre los hombros descubriendo completamente el chaleco, así como tambien podria abotonarla toda. Como vestido de fantasía los delanteros y los faldones van juntos, lo que no impide que la espalda no esté tan ajustada como debe estar, aunque sin apretar demasiado. Las mangas son muy anchas y sin bocamangas.

Chaleco de igual tela de pequeño chal abierto, cerrando un poco alto por medio de cuatro botones bien separados; como corte es fácil ver que se conserva siempre el género inglés, esto es, « derecho sobre las caderas » y sin punta sobre el delantero.

Pantalon blanco de hilo de anchura ordinaria y de caída redonda sobre la bota.

Despues viene un traje de campo en toda la acepcion de la palabra: « casaquilla á la inglesa, chaleco y pantalon de igual tela. »

La casaquilla no tiene mas que una sola hilera de tres botones separados en el delantero; el cuerpo y los faldones, así como las piezas de los costados, no forman mas que una sola pieza: vista por detrás es absolutamente un frac ordinario, excepto que la abertura es doble, y que el faldon de detrás izquierdo viene á unirse con el del delantero del lado derecho.

Chaleco derecho, alto, género avanzado, con botones y ojales hasta arriba; el largo por abajo es el ordinario.

Pantalon de la anchura comun con pequeñas trabillitas.

En fin, como cerrando la marcha de nuestra galería de modelos, hemos dispuesto una bonita y rica librea de lacayo. Compónese de una casaca á la francesa de paño violeta guarnecida de dos hileras de botones y de alamares sobre el pecho. Al rededor, sobre la costura del cuello, en las bocamangas y en los bolsillos de las caderas hay un ancho galon con las armas de la casa (tejido de seda), infinitamente mas distinguido que los galones de oro, pues todo el mundo puede llevar galones de oro, mientras que solo una clase determinada tiene derecho para llevar galon con armas, siendo como es el blason una propiedad particular que nadie puede ni siquiera imitar; este último queda, pues, dueño del terreno. — Sin embargo, no por esto dejan de llevarse muchos galones de oro y de plata, por la alta aristocracia prefieren los de seda.

El lacayo tiene tambien un chaleco á la Luis XVI cortado muy largo y abierto por abajo, en tanto que abotonados los cinco botones los dos lados por arriba tocan á los delanteros de la casaca. « Para estar bien en relacion con su librea el criado al vestirse debe despues de haberse puesto la casaca, tirar su chaleco por arriba, de modo que este último no esté visible en toda la parte alta, sino medio centimetro mas que la casaca; esto es muy importante. »

El calzon es de pana negra de una anchura ordinaria, y va ajustado á la rodilla con ligas de galon.

Una observacion indispensable para el calzon de pana es que, sea para un cochero ó para un lacayo, si este último debe subir al coche es muy importante cortar la trasera á contrapelo, porque como la pana es muy tiesa y lisa, si el fondo estuviera cortado en el mismo sentido de los delanteros, el hombre no podria permanecer sentado en su asiento del coche sin escurrirse.

La librea completa con medias blancas, zapatos con hebilla, corbata blanca y fieltro galoneado con una escarapela al lado.

VIZCONDESA DE RENNEVILLE.

Los Anuncios.

Un artículo muy curioso, publicado en la *Quarterly Review*, contiene los datos siguientes:

No es ménos admirable la variedad de los anuncios publicados en *El Times* que su número. Lo grande y lo pequeño, lo burlesco y lo grave recibe publicidad del Goliath de *Printing house, square*. Basta una estrecha línea para separar la demanda de un empréstito de algunos millones del grito de alguna desgraciada que para tener pan solicita una plaza de niñera. La ternura maternal se dirige con acentos suplicantes á algun hombre disoluto que anda corriendo el mundo; entre dos anuncios, de los cuales uno hace saber la llegada de un cargamento de tortugas vivas, mientras el otro os da idea de un industrial que se dedica á la destruccion de los insectos. La pobre señora que busca huéspedes, *única mente para tener agradable compañía*, ve con cierta especie de terror que su nombre está escrito junto á la triste prediccion de algun fanático que anuncia la disolucion social y el fin del mundo para dentro de un mes, y á veces cuando se lee que por doce sellos de correo puede saber cómo se adquiere una regular fortuna, se encuentra enseguida la oferta de 500 libras hecha por un aspirante á un destino en la administracion, á quien consiga su nombramiento. *El Times* representa todas las necesidades, y da á conocer todos los motivos que ponen en movimiento una sociedad tan heterogénea como la nuestra. Esto nace, sin duda, de su *ubiquidad*. Adonde quiera que vayais podeis estar seguro de hallar *El Times*. El portero lo lee arrellanado en su sillón, de la misma manera que el señor en su gabinete: el aeronauta Green lo lleva indudablemente en su globo; el minero lo descifra á la luz de su lámpara; el bebedor se ocupa en su lectura mientras apura su tarro de cerveza, y el que busca oro lo lee tambien en su pozo de registro como el soldado en su trinchera.

La suma de su venta prueba que es el diario nacional por excelencia, en el cual mejor que en ningun otro, se refleja la vida del pueblo. En 1845 ha tirado casi ordinariamente 23,000 ejemplares por día. En 1846, el 28 de enero, día en que se publicó el estado de lo expuesto por Sir Roberto Peel sobre la legislacion de cereales, la venta asciende de repente á 54,000 para recaer en seguida á la cantidad normal. El año de 1848 empezó con 20,000 y subió á 43,000 el 29 de febrero, día siguiente á la revolucion francesa. En 1852, la venta, que era al principio del año de 36,000 ejemplares, llegó el 19 de noviembre al punto mas subido á que habia llegado; el número de ese día contenia la biografía del duque de Wellington, y ascendió á 69,000 ejemplares. En enero de 1853, la medida cotidiana era de 40,000, al principio del corriente año de 58,000, y actualmente es de 60,000.

El extraordinario desarrollo del *Times* explica esta prodigiosa afluencia de anuncios que han cubierto una segunda hoja ó suplemento como antes se llamaba.

Algunos diarios explotan especialmente ciertas clases de anuncios. El *Morning-Post* tiene el monopolio de todos los que se relacionan con la moda y la vida elegante; El *Morning-Advertiser*, diario de los taberneros y comerciantes de comestibles, monopoliza los que se refieren á este ramo de la industria. *Bell's Life* es un conjunto de anuncios sobre todo lo que se relaciona al *sport*; El *Ero* es muy notable para las materias teatrales; El *Athæneum* contiene una gran parte de anuncios de librería. *L'illustrated News* es, entre los diarios semanales, lo que *El Times* entre los que son diarios, y les excede en dimensiones.

Se puede formar una idea de su enorme acrecentamiento por los derechos pagados: resulta que en 1851 no aparecieron ménos de 2,344,595 anuncios en los diarios de la Gran-Bretaña y de Irlanda; y este número se aumentó enormemente desde la supresion del derecho.

Es curioso ver, comparando los precios pedidos por varios diarios por la insercion de un mismo anuncio, el valor en que estos periódicos tienen su respectiva publicidad. Así, pues, la *Quarterly Review* ha pagado por ia insercion en forma de anuncio del sumario de su número de enero de 1853, á saber: en *El Times*, 4 chelines (unos 19 rs.); en *El Illustrated News*, una libra 8 chelines (unos 134 rs.); en *El Morning-Chronicle*, 5 chelines 6 dineros (unos 25 rs.); en *El Morning-Post*, 6 chelines (unos 27 rs.); en *El Daily-News*, 5 chelines (unos 22 1/2 rs.); en *El Morning-Herald*, 6 chelines (unos 27 rs.); en *El Puweh*, 15 chelines (unos 167 1/2 reales); en *El Observer*, 9 chelines 6 dineros (unos 39 reales); en *El English Churchmann*, 5 chelines (unos 25 1/2 rs.); en *El Examiner*, 3 chelines 6 dineros (16 1/2 reales); en *El John Bull*, 5 chelines 6 dineros (unos 25 1/2 rs.); en *El Athæneum*, 10 chelines 6 dineros (unos 48 rs.). Verdad es que *El Times* no ha publicado el anuncio como los otros, y no le ha ocupado mas que la mitad del sitio que aquéllos le han dado; pero aun así, ha llevado ménos caro que todos sus cofrades, excepto *El Examiner*.

LOS DOS HERMANOS.

CRÓNICA DEL SIGLO XVI.

(Conclusion.)

III.

Los preparativos de defensa no permitieron al baron des Adrets continuar su obra de venganza.

— Que el doncel sea conducido de nuevo á la prision, dijo con prontitud, y que ahora se le cargue de cadenas. Larchaux, añadió dirigiéndose al soldado, te he visto poco ha entre los descontentos, para castigarte te

privo de combatir á nuestro lado esta noche, guardarás el prisionero sin separarte de su lado.

Juan fué cargado de cadenas y conducido por el soldado, que rápidamente miró á su teniente. Esta mirada significaba mucho. Y en efecto, si el baron hubiese conocido el parentesco de Juan de Guzman con su teniente, toda esperanza de evitarle el suplicio se perdía.

Pronto se oyeron las descargas: el baron, guerrero hábil, puso en juego todo su valor para defender la plaza. Alberto, intrépido y lleno de sangre fría, peleó á su lado como hombre que no teme la muerte, y las tropas del duque de Alba fueron rechazadas.

Durante el momento de desórden que produjo el combate, el capitán se aproximó á Alberto y le dió su mano.

— Alberto de Guzman, le dijo, has peleado como un valiente luterano, he hecho mal en sospechar de tí. Quiero reparar mi falta encargándote una comision difícil y peligrosa; se trata de atravesar por el campamento del duque de Alba para llevar á Lieja un pliego. ¿Puedo contar contigo?

— Sí, capitán, algunos minutos para prepararme y parto.

— ¡Muy bien! Vé, pues, á ponerte en estado de partir. Voy á preparar el pliego.

Alberto se separó, pero en lugar de ir á su cuarto corrió apresuradamente á la prision. Juan estaba pálido, no por temor de morir, sino por sentimiento de no haber podido abrazar á su madre ántes del momento fatal.

— Quitale esos hierros, dijo Alberto á Larchaux. El soldado obedeció.

— ¡Y ahora, hermano, es preciso que te marches!... ¡es necesario huir ó perecer!...

— No me voy, Alberto, replicó Juan de Guzman con calma.

— ¿Quieres, pues, morir, desgraciado jóven?

— Mas quiero mi muerte que la tuya?

— ¿Cómo?

— Este soldado me lo ha contado todo; ¡la ira del tigre habia descargado sobre tí, pobre hermano! Y hoy no quiero partir porque comprendo tu generoso sacrificio.

— Juan, te han engañado acerca del riesgo que yo corria... Piensa en el pesar de nuestra madre.

— ¡Oh! ¡no pronuncies esa palabra, Alberto! Esta memoria de mi madre es la única que es capaz de impedirme morir dignamente!

Juan estaba visiblemente conmovido y con los ojos llenos de lágrimas.

— Tú la dirás, porque ella te perdonará, Alberto, cuando sepa todo lo que has hecho por mí; la dirás que he muerto..... sobre el campo de batalla..... ¡Mas te lo ruego, no la hables del verdugo! añadió estremeciéndose.

— ¡No, no! tú partirás al punto... ¡yo lo quiero!

— Yo permaneceré...

— ¡Oh! te comprendo, exclamó, quieres que tenga que reprenderme tu muerte...

— ¡Oh! ¡hermano mio, no hables así!...

— Pero primero la muerte... Tomad, señor, tomad este puñal y matadme si quereis morir... porque yo no he de sobrevivir á vuestra pérdida y no quiero ser vuestro asesino.

Sacó un puñal de su cinto y lo presentó á su hermano.

Este le tomó, y arrojándole lejos:

— ¡Alberto, mi buen hermano... por piedad... sé generoso!... ¡no me trates así!... ¡no me propongas una villanía!... ¡mi salvacion á costa de tu muerte!...

— ¡Nada escucho!... ¿quieres partir?

— No dejaré esta prision sino para ir al suplicio.

— Quedaos, pues, con Dios, señor... ¡con esa ferquedad me enseñais lo que me queda que hacer!

Y salió friamente como un hombre muy ofendido.

— ¡Hermano! exclamó Juan sin poder retener su llanto.

— ¡Oh! ¡yo lo salvaré! ¡yo lo salvaré! dijo para sí Alberto, volviendo á la presencia del baron des Adrets; ¿pero cómo?... Declarar al baron que es mi hermano... es apresurar su muerte, porque el capitán tendrá por una fortuna hallar una ocasion para probar que los vínculos de la sangre no son nada para él cuando se trata de religion...

El teniente recibió de la mano de su capitán el pliego, y despues de algunas instrucciones verbales salió de la ciudad.

Apénas hacia dos horas que Alberto habia marchado, cuando el baron, que habia tomado algun descanso, despertó. Su primer pensamiento fué el prisionero: dió órden que lo trajesen y que el ejecutor estuviese preparado para cumplir con su oficio en la gran plaza.

Juan fué conducido ante el cruel comandante.

— Ya ves, embustero maldito, exclamó Adrets cuando lo vió; por tí nos hubieran arrebatado esta ciudad.

— Así lo esperaba, respondió Juan con calma.

— ¡Luego con esta intencion te dejaste coger, traidor!

— ¡Sí!

— Esa es tu sentencia de muerte.

— Lo sé..... Date, pues, priesa á ordenar el suplicio. Mas teme la venganza de Dios.

— La mia está mas próxima, dijo Adrets nuevamente encolerizado con esta amenaza.

Iba á dar órden de que llevasen al desgraciado jóven, cuando vinieron á anunciarle que se habia presentado un parlamentario ante las murallas de la ciudad.

— ¿Qué nos pide todavía? Que entre... mas esto no te salvará, dijo á Juan...

— Gracias, respondió Juan con arrogancia, porque empezaba á serme odiosa tu presencia.

A una señal se llevaron á Juan é introdujeron al parlamentario.

— ¿Qué os trae, señor? preguntó Adrets irritado.

— Vengo á reclamar un prisionero que tenéis en vuestras manos...

— ¡No es ya tiempo!

— Entónces me retiro, señor des Adrets, y voy á disponer el suplicio de Alberto de Guzman, vuestro teniente.

— ¿Qué decidís? exclamó admirado el baron.

— Digo que esta noche despues del asalto se ha cogido á vuestro teniente; que no se le ha hecho ninguna violencia, y que os propongo cangear su vida con la de Juan de Guzman.

— Juan de Guzman, repitió el baron; ¡su hermano!... El traidor se ha dejado coger para salvarle... ¡Lo abandono!

— Está bien. Voy á disponer que se le registre, porque sabemos que lleva un mensaje importante.

Miéntras hemos tenido esperanzas del cange, el duque de Alba ha ordenado que vuestro teniente fuese respetado.

— ¡Deteneos! dijo Adrets despues de haber reflexionado un poco, consiento en el cange.

Llamó en voz alta y se presentó un soldado.

— Lleva esta órden al ejecutor y dile que suelte su presa... pero que se tranquilice, pues tendrá hoy otra y siempre será la misma sangre la que derrame.

El ejecutor acababa de apoderarse de Juan cuando llegó el mandato; pero todos recibieron la noticia con placer, porque el valor de Juan le habia granjeado numerosos admiradores.

El prisionero fué entregado al parlamentario, y un señor protestante le acompañó para traer á Alberto que debia encontrarse á la mitad del camino del campamento y de la ciudad.

El encuentro fué alegre. Alberto estaba lleno de satisfaccion. Juan habia sabido por el oficial católico la conducta de su hermano, que se habia dejado coger por el duque de Alba para salvarlo: se arrojó á su cuello, y

— Hermano, le dijo... te debo la vida... ¿No te volveré á ver?

— Me volverás á ver en casa de mi madre, Juan, porque me retiro del servicio de este carnicero, sin abandonar por eso mi religion.

— Cuidado, dijo el oficial á Alberto que llamó aparte para que no lo oyese el luterano que le acompañaba, quiere quitarnos la vida: no os presentéis allí.

— Me presentaré, replico Alberto; iré á devolverle su mensaje.

Los dos hermanos se citaron para dentro de ocho dias en el castillo á las inmediaciones de Gante.

Cuando Alberto volvió en la plaza encontró al baron en la muralla.

— Que cierren las puertas, exclamó este; señor de Guzman, añadió, ¿venís á darme cuenta de mi mensaje?

— Sí, capitán, respondió el teniente con firmeza; vengo á deciros que rehusó llevarle, y que estoy cansado de servir á las órdenes de un verdugo.

— Está bien, dijo Adrets sin poderse contener; sin embargo, os juro que aun hoy tendréis que hacer con el verdugo.

¿Qué lo prendan! pero ninguno se movió; Alberto era amado de sus soldados. Pues qué, ¿no hay nadie que me obedezca?

— Nadie, ya lo veis, respondió Alberto con calma. En este momento trajeron todas las llaves de las puertas al capitán.

— ¡Bien! dijo este sonriéndose, ahora no te escapas, Alberto de Guzman, y si no se presenta ningun soldado

para prenderte tendré tiempo para encontrar quien lo haga, porque todas las puertas están cerradas.

— Menos esta, exclamó Larchaux, llevando á su teniente á una de las poternas que habia quedado abierta por su prevision.

Adrets se entregó á una cólera impotente, dispuso

Algunos años despues se presentó la ocasion. La madre de los Guzmanes murió, y su hijo Juan entró en el convento de Santo Domingo de Brusélas. Fué uno de los miembros del tribunal de la Inquisicion, que tan activamente persiguió á los luteranos en los Países Bajos. Presos varios protestantes, lo fué entre ellos Alberto de Guzman, y su hermano, no solo con su influencia le salvó la vida, sino que con su ejemplo y persuasion le tornó al sendero de la religion verdadera de que se habia apartado.

Ved como el cielo recompensa siempre el ser buenos hijos y buenos hermanos.

El conde de FABRAQUER.



Medallas conmemorativas de los aniversarios de la independencia de la Bélgica y de la inauguracion de Leopoldo I°.

hacer fuego sobre los fugitivos y sonaron algunos tiros, mas los soldados dispararon sin hacer punteria.

Alberto y Juan fueron exactos en acudir á la cita cerca de su madre. La pobre mujer perdonó lo que ella llamaba el error de su hijo mayor, y prometió no hablarle jamás de religion.

— Te debo la vida, hermano, repetia Juan sin cesar, ¿cuando, pues, podré pagar estas deudas?

nombre de los habitantes de Brusélas á M. C. de Brauckère burgomaestre de la capital, por « su celo infatigable durante la invasion del cólera. » San Miguel patron de Brusélas está aplastando al monstruo. En último término figuran varios edificios de Brusélas. Esta medalla es obra de M. Braemt que fué durante largo tiempo grabador de la casa de moneda.

L. H.